

Album Salón



J. Granger

(Exposición Kobira, Escudellers, 5, 7 y 9.)

CENTRO EDITORIAL ARTISTICO de Miguel Seguí • Rambla de Cataluña, 151, Barcelona • Precio: 4 reales.

Album Salón

Revista Ibero-Americana de Literatura y Arte

PRIMERA ILUSTRACION ESPAÑOLA EN COLORES

AÑO II

BARCELONA, 15 DE DICIEMBRE DE 1898

NÚM. 32

Director-Propietario: MIGUEL SEGUÍ

Redactor-jefe: SALVADOR CARRERA

COLABORADORES

Literatos: Leopoldo Alas (*Clarín*).—Rafael Altamira.—Vital Aza.—Victor Balaguer.—Federico Balart.—Francisco Barado.—Pedro Barrantes.—Marcos Jesús Bertrán.—Eusebio Blasco.—Vicente Blasco Ibáñez.—Luis Bonafoux.—Ramón de Campoamor.—Rafael del Castillo.—Mariano de Cavia.—Martín L. Coria.—Sinesio Delgado.—Narciso Díaz de Escovar.—José Echegaray.—Alfredo Escobar (*Marqués de Valdeiglesias*).—Francisco T. Estruch.—Isidoro Fernández Flórez (*Fernánflor*).—Carlos Fernández Shaw.—Emilio Ferrari.—Carlos Frontaura.—Enrique Gaspar.—Pedro Gay.—Francisco Gras y Elías.—José Gutiérrez Abascal (*Kasabal*).—Jorge Isaachs.—Teodoro Llorente.—Federico Madariaga.—Marcelino Menéndez y Pelayo.—José R. Mérida.—F. Miquel y Badía.—Eduardo Montesinos.—Magín Morera Galicia.—Conde de Morphi.—Gaspar Núñez de Arce.—F. Luis Obiols.—Armando Palacio Valdés.—Manuel del Palacio.—Melchor de Palau.—Emilia Pardo Bazán.—José María de Pereda.—Benito Pérez Galdós.—Felipe Pérez y González.—Jacinto Octavio Picón.—Miguel Ramos Carrión.—Angel Rodríguez Chaves.—Joaquín Sánchez Toca.—Alejandro Saint-Aubín.—Antonio Sánchez Pérez.—P. Sañudo Autrán.—Eugenio Sellés.—Enrique Sepúlveda.—Luis Taboada.—Federico Urrecha.—Luis de Val.—Juan Valera.—Ricardo de la Vega.—Luis Vega-Rey.—Francisco Villa Real.—José Villegas (*Zeda*).—Baronesa de Wilson.

Pintores y dibujantes: Joaquín Agrasot.—Fernando Alberti.—Luis Alvarez.—T. Andreu.—José Arijá.—Dionisio Baixeras.—Mateo Balasch.—Laureano Barrau.—Pablo Béjar.—Mariano Benlliure.—Juan Brull.—F. Brunet y Fita.—Cabriny.—José Camins.—Ramón Casas.—Lino Casimiro Iborra.—José Cuchy.—José Cusachs.—Manuel Cusí.—Vicente Cutanda.—Manuel Domínguez.—Juan Espina.—Enrique Estevan.—Alejandro Ferrant.—Baldomero Galofre.—Francisco Galofre Oller.—Manuel García Ramos.—Luis García San Pedro.—José Garnelo.—Luis Graner.—Angel Huertas.—Agustín Lhardy.—Angel Lizcano.—Ricardo Madrazo.—José M. Marqués.—Ricardo Martí.—Tomás Martín.—Arcadio Más y Fontdevila.—Francisco Masriera.—Nicolás Mejía.—Méndez Bringa.—Félix Mestres.—Francisco Miralles.—José Moragas Pomar.—Tomás Moragas.—Moreno Carbonero.—Morelli.—Tomás Muñoz Lucena.—Jaime Pahissa.—José Parada y Santín.—José Passos.—Cecilio Plá.—Francisco Pradilla.—Pellicer Montseny.—Pinazo.—Manuel Ramírez.—Román Ribera.—Alejandro Riquer.—Santiago Rusiñol.—Alejandro Saint-Aubín.—Sans Castaño.—Arturo Serriñá.—Enrique Serra.—Joaquín Sorolla.—José M. Tamburini.—José Triadó.—Ramón Tusquets.—Marcelino de Unceta.—Modesto Urgell.—Ricardo Urgell.—María de la Visitación Ubach.—Joaquín Xaudaró.

Músicos: Isaac Albéniz.—Francisco Alió.—Alberto Cotó.—Tomás Bretón.—Ruperto Chapí.—Federico Chueca.—Espí.—Manuel Fernández Caballero.—Gerónimo Giménez.—Salvador Giner.—Manuel Giró.—Juan Goula.—Enrique Granados.—Joaquín Malats.—Claudio Martínez Imbert.—Luis Millet.—Enrique Morera.—Antonio Nicolau.—Felipe Pedrell.—Joaquín Valverde.—Amadeo Vives.

A GRAN VELOCIDAD; por MIGUEL NAVARRETE.



El buen Alí-Majá, al ir á emprender su largo viaje, ensalza una ferviente oración para que éste sea feliz y en buena hora.



Y confiando en que Mahoma nunca desatendió sus ruegos...



Se lanza al través de las doradas arenas del desierto.

Espacio disponible para anuncio.

Mosaicos Hidráulicos

— DE —

Orsola, Solá y Compañía

Superiores en *BELLEZA, SOLIDEZ y ECONOMÍA* á cuantos se fabrican en España.

Unica casa que ha obtenido las más altas recompensas en las Exposiciones Universales de *BARCELONA, 1888, PARIS 1889, y CHICAGO 1893.*

— DESPACHO: —

2, Plaza de la Universidad, 2

— **BARCELONA** —

Imprenta á c. de F. GIRÓ

Casa especial para Ilustraciones.

PREMIADA CON MEDALLA DE ORO

en la

Exposición Universal de Barcelona de 1888

HIGIENE RAZONADA DE LA BOCA

ó sea

CONSEJOS UTILES PARA SU CONSERVACION

— POR —

JOSE BONIQUET

— Médico-Dentista. —

Obra de suma utilidad para todas las clases sociales, lujosamente editada é ilustrada con gran número de grabados. — **PRECIO: 2'50 PESETAS.**

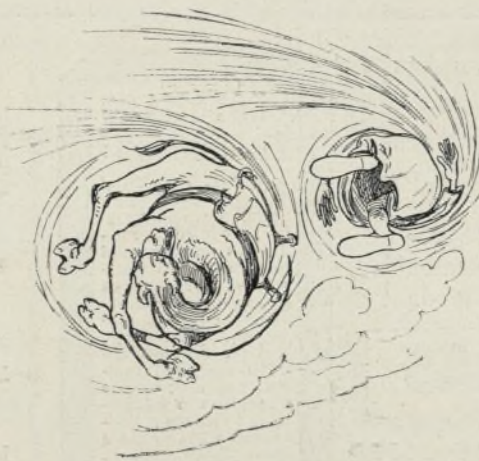
Se vende en las principales librerías y en el domicilio del autor.

PELAYO, 54, PRAL. **BARCELONA**

A GRAN VELOCIDAD; por MIGUEL NAVARRETE.



Mas de pronto, es sorprendido por el terrible simoun



y arrebatado por el torbellino.



Yendo á parar á corta distancia de la ciudad á donde iba.

(Luego dirán que Mahoma, no tiene fino el oído).

INTERESANTE A LAS SEÑORAS

Por medio de un procedimiento completamente inofensivo, se extrae instantáneamente y con toda su raíz el vello del rostro ó de los brazos, sin que quede ni el más pequeño rastro de haber existido

Lo que se aplica para ello, á la vez que no es depilatorio, es tan higiénico y favorable para el cutis, que éste lo deja fresco, limpio, fino y hasta lo hermosea.

Este sin rival procedimiento es aplicado por su inventora

— **TERESA GARCIA MARTINEZ** —

por cuyo motivo las señoras que lo deseen, pueden, sin reparo y con toda satisfacción, dirigirse á ésta su casa,

*** Calle de Colón, núm. 8, bajo. *** **VALENCIA** ***

JUAN B.^{TA} PUJOL & C.^A EDITORES

1 y 3, Puerta del Angel, 1 y 3 — **BARCELONA**

MÚSICA DE TODOS GÉNEROS Y PAÍSES

PIANOS, ARMONIOS, ÓRGANOS É INSTRUMENTOS DE ORQUESTA Y BANDA
REPRESENTACIÓN Y DEPÓSITO DE LAS PRINCIPALES CASAS EXTRANJERAS

CONTRATAS ESPECIALES — COMPRAS DIRECTAS

Agentes en Paris, Bruselas, Berlin, Leipzig,
Hamburgo, Londres, Milán y Viena.

Precios los más económicos y existencias las más importantes de la Península.

CATÁLOGOS GRATIS — EXPEDICIONES DIARIAS

JUAN FRANQUESA
 ALMACÉN DE MUEBLES
VENTA A PLAZOS Y AL CONTADO
 SAN PABLO, 28 *Esquina Arco de San Agustín* BARCELONA



SANTA CECILIA

FOTOGRAFIA INALTERABLE, DE GRAN TAMAÑO

(90 centímetros de alto por 66 de ancho).

ESTA magnífica obra de arte, es debida al pincel del notable pintor Sr. Pahissa y es la más adecuada para decorar el estudio de los amantes de la música.

Los grandes maestros de la pintura han consagrado su inspiración á la patrona del Divino Arte, legando así, á la posteridad, obras de mérito extraordinario. Sin embargo, como nuestra Santa es manantial inagotable de poesía y de inspiración, el artista Sr. Pahissa, ha interpretado con tal arte y sentimiento la figura espiritual de Santa Cecilia, que su obra merece ser colocada entre las mejores que se le han dedicado.

La reproducción fidelísima cuya adquisición recomendamos á los suscriptores del ALBUM SALÓN, aparte su mérito, es un trabajo notable que honra al taller de los señores J. Thomas y C.^a por la hermosura y delicadeza de su ejecución; reuniendo, además, la circunstancia de que sus tintas son inalterables en absoluto, debido esto al nuevo procedimiento fototípico.

Precio: 5 PESETAS

Franco de portes por correo certificado.

Importe en sellos de correo, libranza del Giro Mutuo, ó letra de fácil cobro que, para más seguridad, deberán mandarse bajo sobre certificado.

DIRIJANSE PEDIDOS Y VALORES A

MIGUEL SEGUÍ Centro Editorial Artístico

RAMBLA DE CATALUÑA, 151, BARCELONA

ó bien pídanse á los repartidores ó corresponsales de la casa.

APIOLINA CHAPOTEAUT

NO CONFUNDIRLA CON EL APIOL

Es el más enérgico de los emenagogos que se conocen y el preferido por el cuerpo médico. Regulariza el flujo mensual, corta los retrasos y supresiones así como los dolores y cólicos que suelen coincidir con las épocas y comprometen á menudo la

SALUD DE LAS SEÑORAS

PARIS, 8, rue Vivienne, y en todas las Farmacias

Historia del general DON JUAN PRIM

Semanalmente y sin interrupción se publica un cuaderno que vale **UN REAL**, á pesar de contener dieciséis páginas de texto, ó bien ocho y un magnífico cromo.



PIANOS

FORTUNY 3 BARCELONA
PIANOS DE COLA Y VERTICALES
A CUERDAS CRUZADAS Y CUADRO DE HIERRO
ESTILO NORTE AMERICANO
Se remiten Catálogos



No más Canas AGUA SALLÉS

Esta Agua sin rival progresiva ó instantánea, devuelve á los **Cabellos blancos** y á la Barba su **COLOR PRIMITIVO**:

Rubio, Castaño, Moreno ó Negro.

Bastan una ó dos aplicaciones sin lavado ni preparación.

PRODUCTO INOFENSIVO
RESULTADO GARANTIZADO

SALLÉS, Fils, 73, Rue Turbigo, PARIS.

DE VENTA: Perfumería LAFONT, Call, 30, BARCELONA.

¡ESTÓMAGO ARTIFICIAL!

ó **POLVOS** del DR KUNTZ es un preparado incomparable para la cura de todas las dolencias del estómago é intestinos, por antiguas que sean. Los vómitos, acedías, ardores, pesadez, flatos, dolores de estómago, cintura, etc., etc., así que diarreas ó estreñimientos, desaparecen á la primera dosis. Éxito seguro. Caja 7'50; media caja, 4 pesetas, en farmacias y Madrid, Arenal, 2; Barcelona, Rambla Flores, 4. Pídanse FOLLETOS.

Centro Editorial Artístico de

MIGUEL SEGUÍ

Novelas en publicación y publicadas
las que se admiten suscripciones.

UN REAL CUADERNO

DE ALEJANDRO DUMAS
Memorias de un médico.
El collar de la reina y Angel Pitou.
DE LUIS DE VAL
Morir para amar ó La muerta enamorada.
La hija de la nieve ó Los amores de una loca.
Sor Celeste ó Las mártires del corazón.
La ciega de Barcelona ó la mártir de su inocencia.
La lucha por la existencia.

El hijo de la muerta ó Más allá de la tumba.
El calvario de la vida.
¡Sola en el mundo! ó El manuscrito de una huérfana.
Las hijas abandonadas.

DE F. LUIS OBIOLS
El martirio de un ángel.
Nacer para sufrir. (Historia de una herencia.)
Vivir muriendo.

DE SALVADOR CARRERA
La vengadora de su honra.

DE ALVARO CARRILLO
Amor y patria ó La virgen cubana.

DE LORENZO CORIA
Luna de miel.

Tip. «La Ilustración», á c. F. Giró, calle de Valencia, 311, Barcelona.



CARMEN BONAPLATA - BAU

PARA alcanzar en el mundo musical una reputación sólida, requiérese, además del natural talento, largo tiempo de aprovechado estudio; de suerte que, por regla general, los artistas líricos han traspasado ya los límites de la juventud, cuando entran en el terreno de la celebridad. Esta justa observación, lleva consigo el mejor elogio, que de nuestra admirable compatriota pudiéramos hacer; pues á los veinte años, alcanzó un éxito tan espontáneo y ruidoso, cantando la *Aida* en el Dal Verme de Milán, que, con gran beneplácito del maestro Verdi, presente á su *debut*, pasó en seguida de aquel escenario al de la Scala; y no por una temporada, sino por cinco consecutivas; lo cual significa que su primer éxito fué un triunfo sólido y reiteradamente ratificado en el difícilísimo é inabordable teatro italiano, meta de toda carrera lírica.

Ocho años han pasado, desde que recibió las aguas del Jordán artístico; ocho años no más, — en la actualidad cuenta veinte y ocho, — durante los cuales, ha recorrido los principales coliseos de Italia, España, Portugal, Rusia y América del Norte y del Sud; siendo objeto en todos ellos, de entusiastas ovaciones, que los críticos más eminentes de los citados países, convertidos en trompeteros de la fama, han sancionado y difundido en letras de molde. Para estimarla en lo que vale, — dicen á coro, — hay que ver como comprende é interpreta todos los estilos; hay que notar co-

mo se pliega á todas las variedades, aquella voz flexible, vibrante en los agudos, dulce y pastosa en los centros y graves; hay que advertir como se amolda á todas las formas de expresión, según canta la *Casta Diva*, el aria Pace de *La Forza del Destino*, la de las joyas del *Fausto*, ó la plegaria de Isabel de *Tannhäuser*. En esta última, ó mejor dicho, en todo el tercer acto de tan delicada ópera, hay que admirar sin límites su correctísima escuela, espiritual sentimiento y apropiada mímica, á que presta fascinador encanto su escultural belleza.

Su repertorio es vastísimo, pues comprende la mayor parte de las mejores obras antiguas y modernas; habiendo merecido que se la aclamara intérprete de las de Wagner, y cabídole la satisfacción de ser la primera en cantar la *Walkiria*, vertida al italiano.

Conforme hemos indicado, esa joya de inapreciable valor vió la luz en Barcelona; razón por la cual nos hacemos con mayor gusto eco de sus glorias; cómo que participamos de ellas! Reciba la renombrada cantante, nuestro cordial parabién, por su brillante y rápida carrera; lo mismo que su esposo, el distinguido profesor y pianista Lorenzo Bau, y su padre Teodoro Bonaplata, el excelente actor con cuya amistad nos honramos; ya que bajo la égida del uno, comenzó Carmen su educación musical, y heredó del otro, la sangre de artista que circula por sus venas.

CRISTO

Todo el cristianismo es un conjunto de misterios; pero cada misterio es un reguero de luz.

BALMES.

El mundo cristiano conmemora en estos días el nacimiento del que á los 33 años de edad exhalaba el último suspiro en la cruz regeneradora de la humanidad.

Tuvo el cristianismo sus etapas, sus evoluciones, sus períodos de gestación.

Bajo Juliano, tras diez sangrientas persecuciones, la causa de la moral cristiana vióse un momento comprometida; motivado á que los ataques le eran sutilmente dirigidos al mismo centro de su vitalidad. Las crueldades de Nerón, Domiciano y Diocleciano, exterminaban á los cristianos; pero no mataban el cristianismo. El sistema de Juliano, habría resultado completamente eficaz, si la idea cristiana hubiese podido perecer. Los herejes, los sofistas y los escépticos, fueron también tres especies de enemigos que le atacaron, sugeridos por ese monstruo de todos los tiempos: el error. Los filósofos, los pensadores, han sostenido continuas y enconadas controversias, en el terreno de la investigación de su origen. Nadie, sin embargo, ha negado á la religión fundada por el humilde nazareno su influencia civilizadora. Y así como el apóstata sucesor de Constantino, en la agonía de muerte producida por persa jabalina, pronunciaba aquellas palabras, llenas de intención y amargura, « Venciste, Galileo »; así también el idólatra Tiberio, de quién por sus crímenes dice Suetonio: *ut de monstro narranda sunt*, había propuesto mucho antes, á raíz del drama del Calvario, colocar al procesado de Judea en el número de los dioses.

Se admite unánimemente la necesidad de la religión en un estado, porque, estando fundadas sus disposiciones sobre la moral que de ella emana, los principios de aquella derivados, tienen el mismo fin que la ley civil; toda vez que éstos imponen al hombre la obligación de reprimir sus pasiones, no perjudicar á otro y favorecerlo. Pero esa uniformidad de creencias, con respecto á la necesidad de una religión, es inagotable manantial de eternas discrepancias, que se acentúan cuando se pretende averiguar la verdadera naturaleza del fundador de nuestro dogma; cuestiones insolubles en razón directa de la impotencia humana, y querellas lógicas, porque, como dice Pascal, la índole virtual de nuestra religión está en su misterio. De manera, que el origen del cristianismo es tanto más inconcebible por ese misterio, cuanto este misterio es inconcebible al hombre.

Prescindamos de examinar la autenticidad de la tradición difundida desde la más remota antigüedad entre los pueblos de Oriente, que presentaban el nacimiento de un hombre salvador de las generaciones; tradición de que hablan Tácito y Suetonio. Prescindamos de la profecía, que al decir de Josefo, era el espíritu que animaba á la Judea contra Roma; profecía que les anunciaba confusamente, la aparición por aquella época, de un judío extraordinario; y no hablemos tampoco de aquella ingenua certidumbre de la multitud israelita, que corría alborozada hacia San Juan Bautista, para preguntarle si era él el Mesías esperado.

Todo esto, si envuelve realidad, ya es de por sí indestructible; si ficción, es siempre bella poesía, porque, según afirma Plutarco, ¿cuándo la encantadora ficción deja de producir poesía encantadora?

Desviémonos, pues, de cuanto no se concrete á los propósitos que nos han movido á tomar la pluma, y reconozcamos que la religión predicada por Cristo, es el agente de crecientes y nunca interrumpidos adelantos en el orden civilizador. Y fúndase ello, en que la religión dada á los hombres por el hijo de un carpintero encerraba los gérmenes de libertad que hoy rige los destinos de las naciones, y el principio de una moral cuya asombrosa propagación consistió en que vino á destruir la abominable mentira del politeísmo.

Y cómo y por qué serie de sacrificios, y tras qué lucha titánica de ideas se propagó esa religión, que en su primer siglo solamente contaba en su seno unos cuantos millares de esclavos; en el segundo, dos millones de adeptos; quince, cuando la caída del imperio de Occidente; treinta, al

verificarse la irrupción de los musulmes... ¡más de trescientos en nuestros días!... Propagación que pintan con fiel exactitud las siguientes palabras proferidas en plena cátedra romana: « esos cristianos se propagan como escorpiones; de cada nido salen veinte; su número iguala al de las ranas, y el viento los trae como langostas; nadie está seguro ». Y estotras, del elocuente Tertuliano, en tiempo de la persecución decretada por Severo: « Somos hijos de ayer, y ya lo llenamos todo: vuestras viviendas, vuestras ciudades, vuestras aulas. Sólo os dejamos los templos, — *sola relinquimus templa* ».

Porque la religión cristiana, difundida por medio de la parábola ó el apólogo, esas dos brevísimas formas del discurso que inculcan más fácilmente en la imaginación un precepto, colocaba al hombre en los campos de la esperanza, le daba moral, creencias y libertad, le enseñaba que sus leyes se han de buscar necesariamente dentro de nosotros mismos, en la conciencia, y grababa en su espíritu la convicción de que la doctrina evangélica es generadora del bien, de la utilidad, de la simpatía, de los vínculos sagrados de la familia, de la amistad y fraternidad, base en que se funda el amor al prójimo, que es el amor á la humanidad, y el amor á la democracia, que es el amor á Dios.

Hoy, después de 19 siglos de aquel triste episodio que tuvo por escenario la cumbre de una pequeña montaña de Jerusalén, el mismo año en que la primera Agripina iba á reunirse en la tumba con su esposo Germánico; hoy, al través de 19 centurias, testigos de las hondas evoluciones que han conmovido al mundo en sus leyes sociales, religiosas y políticas, la semilla cristiana fructifica más lozana y esquilmeña que nunca.

Las costumbres han totalmente cambiado, una nueva fe pública y nuevos derechos de gentes han profundamente transformado las leyes de las antiguas sociedades; el criterio se apoya en firmes razonamientos, y la razón no es juguete de un silogismo. Las naciones han depuesto sus hereditarios odios; la caridad extiende sus beneficios por doquier; el individuo se confunde en la especie, y ésta salva las fronteras para acercar gradualmente unos pueblos á otros, persiguiendo el ideal de convertir á la familia humana en una colosal confraternidad que piense con un solo cerebro y sienta con un solo corazón.

Tales cambios son debidos á nuestra religión, á esa religión que según Chateaubriand dice, con mágico lenguaje, es sublime por la antigüedad de sus recuerdos, inefable en sus misterios, adorable en sus sacramentos, interesante en su historia, celeste en su moral, rica y arrobadora en sus pompas.

Concluyamos repitiendo con un ilustre autor, la altura á que ha sido colocada la doctrina de Jesucristo, por efecto de la sublimidad de sus máximas y la convicción de sus palabras.

La tribuna, los diarios, las escuelas, las conversaciones y los hábitos se hallan impregnados de las celestes emaciones de la religión, y puede asegurarse que se están obrando por ella transformaciones tan grandes, como cuando desde las ignoradas catacumbas de Roma subió á sentarse debajo del dosel imperial. La ley la reconoce, la ciencia la justifica, la historia la proclama, la literatura va á beber en ella sus inspiraciones, las artes se honran con servirla, y después de haber examinado, juzgado y apurado todos los sistemas de esa filosofía que seca el corazón, entra por fin en su regazo y quiere eternamente vivir á la benéfica sombra de su edificio inmortal.

No cabe mayor encanto en la palabra, ni es posible hablar con más admiración hacia Aquel cuyo nacimiento recuerda ahora el mundo cristiano, y cuya vida fué un continuado ejemplo de humildad y perdón, redentores de la humanidad, y de inocencia y candor, purificadores del alma, manifestados en su amor á la niñez: *sinite parvulos venire ad me* — dejad que los pequeñuelos vengan á mí.

ANTONIO ASTORT

EL NACIMIENTO

En las primeras revelaciones artísticas del cristianismo, aparecen con frecuencia los Magos en la escena del Nuevo Testamento, en el Nacimiento del Niño Dios, que, según algunos Padres de la Iglesia, se verificó al abrigo de la escavación natural de una roca aun subsistente, en la que Santa Elena mandó construir un templo, según San Eusebio; á pesar de cuya aseveración, los artistas prefirieron y prefieren siempre el *tugurium*, choza ó establo.

Este misterio, hasta pasados los primeros siglos, sólo fué tratado por los neófitos artistas, en los sarcófagos, en pastas de cristal, grabado en la piedra; como en una curiosísima del siglo VII, donde la Virgen, cubierta con un velo, está sentada sobre un lecho, y en frente San José sobre un asiento, en medio de los cuales se ve el niño en el pesebre, que recuerda por su forma á los caballetes de ruedas de los pintores, destacando de entre las paralelas ó largueros del pesebre, las testas de los tradicionales animales; dibujada la estrella próxima á la Madre, la luna en el de San José, de cuyas imágenes circunda las sienes el nimbo, siendo crucífero el de Jesús.

La pintura, no trató en los tiempos apostólicos este asunto, ó al menos, en los numerosos descubrimientos que se suceden con frecuencia no se ha encontrado siquiera vestigio alguno que lo dé á suponer.

Según la tradición de la Iglesia latina, tres fueron los Magos que adoraron al Mesías en su Natividad; circunstancia que destruye la opinión de los que adjudican esta tradición á San León, que vivió en época posterior.

Los artistas, siempre liberales en la concepción, aunque fervientes catécúmenos defensores de la divinidad del Hijo y de la maternidad de la Virgen, estuvieron, como es consiguiente, en contraposición de los combatientes del dogma: en sus composiciones intervinieron siempre los Magos, pero el escrúpulo ó el rigorismo no llegó hasta pensar el número de ellos; por lo que unas veces se encuentran dos Magos, otras cuatro, aunque en estos casos se percibe que el respeto á la divinidad y el deseo de tributarle honores, llevó á los artífices á alterar los hechos, por solo conceder el centro á la Madre en la escena de la Adoración, como se ve en algunos ejemplares publicados por el eminente cuanto malogrado D'Rossi.

Según algunos escritores de nota, cada uno de los Magos llevó tres pre-

sentes al Señor; aunque en todos los monumentos encontramos al primero, que le ofrece una copa y una corona de oro; al segundo, con una vasija, especie de *patera*, que contiene mirra; y al tercero con otra copa incien-saria, en forma de paloma, cogida ó presentada entre parte de la tela de su vestidura. En el cementerio de San Calixto, en un fresco, la presentación de ofrendas la hacen en arquillas; en el cementerio de Santa Inés, el primer Mago agita el *flabellum* sobre la cabeza de Jesús, con la mano derecha, llevando el presente en la izquierda.

Generalmente, visten túnica corta, ostentando sobre los hombros la *clámide* ó el *ságum*, estando cubiertas sus cabezas con el *pilleus*, frigio, de origen persa; las piernas, unas veces las llevan desnudas, cubiertas otras con el *anaxirides* de los bárbaros (calzón ajustado), ó bien calzando botas y espuelas.

La adoración la hacen de pie ante Jesús que, en unos casos, está sobre las rodillas de María, la cual se halla sentada en un sillón, parecido á las cátedras episcopales, de trama de mimbres el asiento, según Bottari; en otros, Jesús está sobre cuna de mimbres, envuelto en los pañales; y en Roma, tiene la cabeza fuera de la cuna, unas veces descubierta y cubierta otras. Según la descripción evangélica, la Virgen está sentada en una roca, entre dos palmeras que dan sombra á su cabeza; y Bottari cita un Nacimiento en el que sólo está el Niño en la cuna, sobre su cabeza la estrella y á ambos lados el buey y el asno, cuya presencia no se halla hasta el siglo IV; fundándose unos en que su origen lo deben á la profecía de Isaías, mientras Tillemont dice que son alegóricas, y Baronio asegura que es defendida su presencia, por algunos Santos Padres.

En un mosaico del siglo V, que cita Ciampini, Jesús niño está sobre esplendente trono, rodeado de ángeles.

San José nunca estuvo solo; ocupó siempre lugar secundario, y algunas veces fué suprimida su imagen, como sucede en el cementerio de San Calixto. Figuraba de pie, generalmente, y en un ejemplar publicado por M. Perret, que es una piedra sepulcral, el Santo Patriarca tiene extendido el brazo derecho sobre las cabezas de la Madre y del Hijo, como queriendo protegerlos.

En los primeros siglos, encontramos á San José imberbe; más tarde, de edad madura, calvo, ó con espesa barba. Su indumentaria consiste en la túnica y el *pallium*, ó, si viste traje de labor, la túnica de una manga. En el bajo relieve de un sarcófago, San José lleva algo que parece precursor de la caña de lirio que la iconografía le ha puesto posteriormente.

La estrella radiante, la pusieron en general los artistas sobre la cabeza de María, y algunas veces el primer Mago está indicándola con la mano ó con el vaso: en el cementerio de Siriacó, substituye á la estrella el anagrama de Jesús; Le Blant, cita algunos sarcófagos de Arlés, en los que está la estrella dentro de un círculo.

También se grabó este misterio, en los primitivos tiempos, en medallas y medallones de cobre: en 1792, cerca de Aquilea, se descubrieron tres cucharas, en una de las cuales está esgrafiado el Nacimiento, con oro y esmalte.

No sólo aparecen los Magos en el Nacimiento. Del siglo IV, hay un sarcófago en el que están ante Herodes, quien dirige la palabra á algunos personajes que le rodean; y en otro, del cementerio de Santa Inés, están los Magos, y Herodes, llevándose la mano al corazón, como protestando de su ninguna aversión por el Rey de los judíos.

ANSELMO GASCON DE GOTOR

LETRAS CATALANAS

ANGEL GUIMERÁ

(Conclusión).

Dirán no pocos: ¿es posible que en Cataluña y revelándose en habla que nos parece áspera y desabrida poseamos ese gran poeta? ¿Se pueden decir en catalán cosas grandes, dulces, tiernas, saturadas de unción y de poesía? Se pueden decir sin lirismo empalagoso y en todos los tonos humanos, desde el más suave al más fuerte; si no con tanta ternura, en ocasiones con más viveza y mayor brío, reflejando, en fin, el temperamento, la índole de poeta que sabe ser tan delicadamente íntimo como Guimerá.

¿Qué més vols del esclau, dona inclement?
t'ha vist al peu del ara
á un altre home lligada eternament
y no ha dit res sa cara;
t'ha vist entrellassada al teu marit
com un eura á la soca,
y uns besos y altres besos ha sentit
y ha somrigut sa boca.
¿Qué més vols del esclau...? fer de son cós
en estas nits calladas,
lo coixí de la esposa y del espós...
y us dormiré á cantadas.

Es pecado de herejía traducir á Guimerá en verso y luchando por conservar la imagen; se pierde toda la expresión, que es en él desesperadamente gráfica; se escapa el aroma: Guimerá dice «y us dormiré á cantadas», y eso no se pone en castellano de un modo tan breve, tan profundo y poético á la par: hay que diluir la frase, que como otras muchas, da la emoción exacta del objeto aplicado al ente. Créanme bajo palabra los que no entiendan el catalán: no es lo mismo decir «y os dormiré cantándoos» que «y us dormiré á cantadas». Pero no se trata aquí de un estudio de voces, sino en la medida con que juegan para sensibilizar cualidades afectivas del sentimiento, á veces ajustadas, en el lenguaje, á las emociones que produce en un espíritu delicado, exquisito y culto la visión de lo real. Los versos de Guimerá, libres de las ampullosidades de la rima, forjan brevemente la imagen, sin perder en el acorde. Así llegan con la prontitud y el brillo del rayo luminoso á nuestra alma. No deslumbran las metáforas, pero conmueven las ideas penetradas de sentimiento apacible y candoroso. Se ve al hombre dolorido, pero resignado: parece que canta para engañar su dolor y como si no supiese que el mundo le oye; se adivina, por la candidez con que nos cuenta sus amarguras, la indiscreción en que cae el numen del poeta:

no t'ofengui el saber que'ts ma estimada,
llevat de Deu no ho pot saber ningú. (1)

Otros dicen en voz alta y con aires de tempestad y de anatema su desencanto:

Mas jay, que es la mujer ángel caído,
y mujer nada más, y lodo inmundo...

y no les importa mirar por la reputación de esa mujer ni que les oigamos compararla á un «estanque de aguas corrompidas entre fétido fango...»

(1) No te ofenda saber que eres mi adorada; fuera de Dios no puede saberlo nadie.

¡Ah! no: lucen su pena y su descreimiento y gozan en la burla de su propio dolor:

— Truéquese en risa mi dolor profundo...
Yo escondo con vergüenza mi quebranto,
mi propia pena con mi risa insulto.

En la borrasca de las desilusiones, pierden el corazón: Guimerá lo conserva entero, fuerte, sano.

Qué bó ha de ser á qui l'amor entreguis,
á qui tú estimis fins jo l'estimaré.

«Amaré á quien tú ames.» ¿Sabe él, por ventura, si merece el cariño de la que adora? «¡Qué bueno ha de ser el hombre á quien te entregues!» El poeta no sólo ennoblece y llena de luz la figura de la mujer, pero la del rival afortunado.

La ha perdido para siempre; se ha abierto un abismo entre los dos y aun tiene fe su alma en lo porvenir. La sigue á la iglesia, y cuando ve que sale con su marido, balbuce: «Dios te haga bien casada», pero su corazón ha llorado en silencio. Después halla todavía alientos en su sér para correr con su cruz de dolor hasta el fin del calvario y quedar de pie en la calle, frente á la ventana de la alcoba nupcial: la luz que sale por las rendijas ¡qué cosas no le cuenta de los esposos! Todo se lo ha dicho: «que ya ha pronunciado la solemne promesa de amor»;

que'ls ulls demá tens d'acotar vermella,
que una santa ja has d'ésser pera mí:

que mañana el rubor cerrará sus ojos... y también que ha de mirarla él como una santa.

Mes ¡ah! qu'encara't vull y donaría
fins l'eternal repós,
sols per saber cuan aqueix llum moria
si tú l'has apagat ó'l teu espós.

La imagen es penetrante y viva: despierta sensaciones y pensamientos múltiples. No renuncia el amante aun á la ilusión, que le presta energías para resistir la torcedura cruel de los celos. Del bagaje de esperanzas que trajo al mundo sólo le queda la fe en el reposo eterno (aquella paz en que ya no creía Espronceda), y ésa la sacrifica, la pierde gustoso por un flaco consuelo: «la luz se ha apagado, pero á lo menos que no seas tú la impaciente, la sedienta de caricias.» Quiere que su amada vaya al amor como se va al sacrificio, y se ve que Guimerá, no es sólo humano en su abnegación, pero en las concesiones que hace á la carne. Ni en lo más agudo de la crisis, en lo más imperativo del momento psicológico, que disculpara las aberraciones de la imprecación llegando al grito salvaje de la cólera, se pierde el concepto de lo real: se bebe en los versos la amargura de las cosas de la vida: de la casa surgen ruidos de fiesta, de goce, de embriaguez; se escapa la luz, pero el poeta está en la sombra, y en la sombra atisba, escucha, sabe, siente los pormenores sucesivos de la escena. Sorpréndenos el ver que no salen á la superficie los instintos malos del hombre, sino los sentimientos amorosos del poeta. Becquer, sin llegar á un extremo tal de pasmo, dijo:

y entonces comprendí por qué se llora,
y entonces comprendí por qué se mata.

La disparidad en los temperamentos de ambos poetas y en la psicología de los caracteres está bien marcada. Después del desengaño uno llama á su ídolo estúpido, el otro grita: «Una santa has de ser para mí mañana.» Guimerá llega á lo trágico por el motivo y no pierde la dulzura, la sencillez idílica aquella entonación ligeramente triste. Ni blasfemias, ni crispación de puños; todo manso, todo suave, pero ingenuamente doloroso.

Y no se trata aquí de un caso excepcional de altruismo, de grandeza humana: de un sér dispuesto á sacrificarse por la ventura de los otros; el caso es más simple: Guimerá renuncia á la mujer, pero no al amor; renuncia á la posesión de la carne, pero no al señorío ideal de la mujer á quien ama; que fuera de ella no hay amor, no puede haber vida de amor para el amante. En efecto: la mujer y el amor son carne y espíritu indivisibles mientras la mujer siga atada á la tierra y renueve la vida del espíritu con visiones corpóreas. «Con mis besos se ha formado mi alma, has crecido á mi lado,

Si saps d'amor t'ho he ensenyat
jy ets meval jets meval

Te he enseñado á amar, pues eres mía.» Las convenciones sociales lo han dispuesto de otro modo, y cede

Avuy tens altre marit,

pero el alma no entiende de eso:

mes l'ànima se'm subleva, que jo no he pas consentit
lo que està escrit, està escrit, jy ets meval jets meval

Es el único lado por donde Guimerá da en el grito gutural y bronco, y ¡con qué viveza y con qué energía!

Y entiéndase que Guimerá no viste maniqués con los hilos de oro de la fantasía, ni se mete jamás en los laberintos de lo abstruso. Deseándola bien casada, no la deja cuando todo ha concluído, es decir: no deja su

JOSE CUSACHS



LA NOCHEBUENA DE LOS ALOJADOS

pasión, que es pasión de hombre con ideales de poeta, pero sin idealismos de loco. Aun sigue acechándola en la sombra desde la claridad lumínica de su enamoramiento. «Ha pasado un día más y se acuerda de mí.» Quizás ella también siente la pesadumbre de la ilusión perdida, y por pérdida poética, imposible. No recuerdo quién ha dicho: «aborréceme, que eso ya es recordarme»; todo, hasta el odio, antes que el olvido y la indiferencia, porque el olvido es la muerte moral de un sér en otro sér. «Te he visto y sé que me quieres: he sentido batir el corazón apresurado y loco de alegría,

ja no m'espanta la dolor María:
que Deu te pagui el bé que m'has causat.

En parecido estado de ánimo exclamó Becquer: «La he visto, y me ha mirado; ¡hoy creo en Dios!» Sin duda, es cosa magnífica que una mirada de mujer convierta al descreído, pero es más sorprendente que esa misma mirada dé fuerzas al hombre contra la pena de amar. Guimerá dice sencillamente: «Dios te pague el bien que me has hecho.»

No se me ocurre, es claro, establecer comparaciones para proclamar excelencias en unos y descontarlas en otros. El desamor que inspira á los poetas sus versos, puede hacerles sentir diversamente; no hay dos hombres iguales, ni dos poetas tampoco: verdad de Pero Grullo, empero queda dicha. También la mujer está en caso distinto para influir en lo moral, y en estas cosas tan... éticas no hay punto de partida posible. No, no es ese mi objeto: mi propósito es fijar diferencias que me ayuden al dibujo de la *visión* moral del poeta; y en esto no he podido proceder por

analogía, porque Guimerá no la tiene... Ni ascendencia. Es nuevo, es *otro*. Pertenece á ese Arte amplísimo, sano, vigoroso, profundo, que sin condenar el ensueño, que es de hombres, nos da un concepto claro, *visible* de las cosas, humano en los sentimientos, real en las sensaciones, simple y universal como la propia Naturaleza. Es un ejemplo contra quienes levantan falsos testimonios al realismo, acusándole de haber muerto la poesía. Los románticos nos apartan del amor que hace creyente á Becquer cuando dicen: «huid, si no queréis salir con el corazón hecho pedazos», y este poeta nos convida á amar, infundiéndonos ánimos para llevar con fe la cruz del vivir triste por los caminos de la existencia.

De Guimerá trató mi malogrado amigo Yxart en otro sentido, estudiándole en su carácter trágico, en más altos vuelos de inspiración; y á mí me ha parecido oportuno presentar al poeta íntimo, de quien, como dije antes, no se han apreciado suficientemente los méritos. Creo necesario conocerle tanto cuanto pone él de su alma en las composiciones; penetrarse del sentimiento profundo íntimo de su estética para comprenderle bien cuando se remonta, pues su espíritu noble, ingenuo, se descubre hasta en las energías viriles, en lo más recio de la entonación, por su tendencia al idilio, que es la característica de su sér y sus inclinaciones á dominar la *bestia* empleando el influjo sugestivo de las dulzuras amorosas. Por no haberle estudiado como yo le estudio le censuran torpemente inteligencias superficiales al juzgar sus dramas y sus tragedias.

Otro día seguiré hablando de los demás varones ilustres que siendo honra de Cataluña llevan, arrebatados por la fama, á diversas gentes y extrañas naciones, el recuerdo glorioso de España.

J. F. LUJÁN

MUÑOZ LUCENA



ENGORDAR PARA MORIR

Ayuntamiento de Madrid

LAS DOS REJAS

I

LA REJA DEL AMOR

Muy de mañana, apenas aparecido en el horizonte el *rubiales*, como llaman al sol muchas gentes *caliosas* de Andalucía, abríanse las puertas interiores de la reja, al impulso brioso de rozagante moza de cántaro. Limpiábala ésta de arriba abajo, de derecha á izquierda, por de dentro y por de fuera, canturreando, si alegre, prudente, aires del país, para no despertar á la señorita, la cual abandonara dicha reja dos horas antes. Esmerábase la moza en la limpieza y aseó, como si se tratara del camarín de la imagen más venerada, porque, aparte el acendrado cariño que profesaba á su joven ama, la reja baja, en los pueblos andaluces, es ante todo y sobre todo, santuario del amor y su confesonario más típico y legendario.

Sacudía primero la sirviente y frotaba después con húmeda bayeta, los filigranados barrotes de hierro; fregaba los baldosines de la solería, hasta bruñirlos; arreglaba primorosamente la amplia y adornada cortina y la cautelosa celosía de madera; no dejaba átomo de polvo en rincón alguno; regaba las macetas, con la prudente tasa que larga experiencia la enseñara; purgaba las flores en ellas plantadas, de secas hojas; podábala, inteligente, y pasábala cariñosa revista, á veces murmurando monólogos tan sentidos y delicados, que conmovieran al espíritu más amante de los jardines, al propio Alfonso Kär, y á veces cortando fresca clavellina ú oloroso nardo, para prenderlas en su negro y apretado moño, con más arte y gracia que pudiera hacerlo el peluquero más pulcro, *fashionable* y aristocrático. — Cinteaba, primorosamente armada de alfileres, mojada en blanca cal, los zócalos interiores y exteriores de la reja; aseaba la jaula del gentil y canoro pajarillo, proveía á éste del succulento alpiste, jugosa verdura, azucarado terrón y cristalina linfa, y después de acabado meloso diálogo, mantenido entre ambos durante tantas y tan graves tareas, colgada la frágil cárcel en el acostumbrado lugar y... corrida la cortina, entornadas celosías y puertas, combinando las corrientes de aire y graduando los torrentes de la vivísima luz de la mañana andaluza, desaparecía la moza, satisfecha de su obra, para continuar sus mecánicas faenas en el interior de la casa, poniendo en todas ellas sus cinco sentidos y su voluntad toda entera.

Durante la mañana, tan sólo señoreábase de la reja el parlero canario, ya aplicando su agudo pico, á modo de ariete, al cristalino terrón, ya seleccionando en el comedero el más razonado grano; ora refrigerando su liviana gargantilla con el fresco tallo; ora libando, sibarita, el transparente vaso; y siempre, en continua actividad, saltando de una á otra cañuela, gorjeando á más y mejor, y entonando trinos y sentidas cantinelas, no sabemos si nostálgicas, por su ausiada libertad, ó enderezadas en prez y loor de la gallarda y peregrina belleza de su carcelera dueña.

Mediada la tarde, aparecía ésta en la reja, radiante de juventud y hermosura, vestida sencillamente, pero con pulcritud y gracia; brillante como patena; limpia y fresca, como los chorros del agua, nacidos entre el follaje de la montaña.

Sin estudiada languidez, con garbo natural y de su propio cabo, tomaba la real hembra posesión de su trípode de sacerdotisa del dios Amor. Repasaba de una ojeada el que era su trono; descorría y arreglaba cortina y celosía, combinándola para mejor atisbar, sin ser vista, y exhibir honestamente los hechizos y encantos de su codiciada hermosura. Con mimosa frase y penetrando, al paso, con soslayadas miradas hasta el fondo de la calle, por ambos lados, reconociendo las rejas inmediatas y fronteras, saludaba á ésta y á la otra vecina, con dengues de doncella enamorada y requerida, y dirigía al pajarillo tiernos reproches ó acarameladas frases; siendo correspondida por aquél, —revoltoso y atolondrado ante la presencia de su ama,—con los trinos más delicados, los *paseos* más sentidos y los saltos más ágiles y donairosos.

Pasada la revista, si rápida, prolijísima, sentábase negligentemente, y tomaba de frágil y emperejilada cestilla, habitual labor femenina: una punta de *crochet*, avíos para formar pintorescas guirnalas de flores artificiales, un bastidor para bordar pañuelos de mano... ó cosa por el estilo.

Tan arduas tareas, ejecutadas con exquisito primor, como por mano de ángel, eran tan sólo interrumpidas, para fisgar el tocado de la amiga vecina, ó de la que acertaba á pasar por la calle; para platicar fruslerías con la amigueta que, *de vuelta de tiendas* ó al encaminarse á visita prescrita por los cánones sociales, detenía breves momentos ante la reja; para corresponder ceremoniosa ó íntimamente al saludo de persona grave, conocido, ó deudo; para abandonar rápidamente el amoroso locutorio, huyendo de él é internándose en la casa con la agilidad del corso ó de alimaña montaraz, sorprendida en salvaje expansión, al oír ardiente y tenaz piropo, disparado á quemarropa por entusiastas de su belleza ó rivales de su dueño; ó al caer la tarde, cuando la vecina noche comenzaba á envolver la tierra en las sombras, cuando habían cesado las golondrinas en su revoloteo vertiginoso y en sus píos más alborotadores, dejando plaza á los torpes y rastreros murciélagos, y las campanas de la histórica y pretenciosa villa anunciaban la hora de la salutación angélica *Avemaría*.

Corrida la cortina, descolgada la jaula y cerradas las puertas, la reja quedaba solitaria, destacándose cual faro sin luz, pero segura guía de mozo afortunado, en el fondo nitidamente blanco, característico de la andaluza pared.

Así permanece durante las primeras horas nocturnas, singularmente en la estación invernal. Ni la real hembra que la ocupó en la tarde, ni el

doncel que impera en el corazón de su amada, solicitan la reja... hasta bien entrada la noche. — Y no porque ambos, contando con el consentimiento paterno, hayan menester fortuitamente de la reja para laborar amores. Los mozos enamorados y correspondidos por su dama y aceptados ó tolerados por los deudos de la prometida, visitan el nido de sus amoríos á la continua; no dejan la ida por la venida: *caen*, en la mansión rondada sempiternamente, á toda hora, arbitrando é industriando los motivos y pretextos más fútiles y especiosos. Pero con este empalagoso visiteo, la codicia de amor no queda satisfecha; no bastan la mirada insinuante, el expresivo gesto, la señal convenida, la palabra vertida *sotto voce*, ni menos lo hablado ante gentes,... que para los enamorados, todas son extrañas. En visita, la presencia de los futuros suegros, de los *amigos de la casa*, de los niños, de los viejos, de todo el mundo, es siempre impertinente y embaraza la expansión amorosa, que, cual ninguna otra de las humanas, exige el aislamiento y la libertad más absoluta. Anhelan los tributarios de Cupido las sugestivas horas de la madrugada, durante las cuales, sólo percíbense en la villa vagos rumores, ya provinientes del establo ó de la cuadra, ya de la próxima *maguila* aceitera que trabaja en tarea impuesta



con premura, ó del harinero del molino cercano; ora de cánticos y rasgueos de vihuelas de mozos rondadores, ora de monótono pregón *serenil*. Cuando el vecindario, en su mayoría labrador, y madrugador por tanto, reposa de la ruda faena agrícola diurna; una vez apagado el mortecino farol, á regañadientes encendido por el rematante de este servicio municipal, y en vísperas del primer brioso canto del vigilante gallo, apercíbese la enamorada pareja á gozar de la inefable dicha de *pelar la pava*,... como vulgarmente se denomina al nocturno coloquio amoroso en Andalucía.

Si la noble pasión es combatida por la familia de la amada, ¡que de congojas y de sobresaltos atenacean el ardoroso corazón de ésta! ¡Cuántas precauciones ha de tomar, cuantos riesgos y peligros ha de sufrir antes de ganar la ansiada reja!

Esperar, en vigilia, fingiendo profundo sueño, la hora convenida; vestirse discreta y sigilosamente, envuelta en densas tinieblas; pasar con felina cautela por las lindes de la estancia paterna; abrir con sutilezas de bandido las puertas interiores del amoroso locutorio; hablar quedo, muy quedo, para no despertar á los que duermen, y lograr la extensa conferencia anhelada...

Oído el tenue silbo, percibida la concertada señal y salvadas las trincheras, los fosos y reductos, merced al denuedo y hábil táctica del experto Dios vendado, entréganse los amantes á los más enloquecedores transportes amorosos.

Con voz entrecortada, interrumpida por frecuentes pausas y recelosas miradas al interior de la casa, para cerciorarse de que todos reposan,... narra la hechicera Hero andaluza sus desventuras y angustias, y las injustas persecuciones de que es objeto; las avinagradas reprensiones paternas, y las amonestaciones de deudos y amigos respetables.

Agotado este interesante capítulo — sin perjuicio de ampliarlo á la siguiente noche con notas, glosas, ilustraciones y concordancias de evidente novedad y transcendencia, — éntrese en otro, por todo extremo dulce y tierno, que trata de íntimos reproches por supuestas infidelidades, de que á menudo apercíbese ó la instruyen personas *bien informadas*, é incapaces de mentir, y de la presentida ingratitud con que habrá de ser pagada pasión tan vehemente y que tantos y tan cruentos sacrificios exige.

Síguele, el de lamentos que quebraran peñas, exhalados por el atolondrado mozo, y el de amenazas y vigorosas resoluciones, para conjurar todo peligro, vengar agravios, hacer gigote á los enemigos y alcanzar la redención de tan amada é infeliz cautiva.

Para los impostores que flagelaron el corazón de la enamorada, poniendo tacha á la acrisolada lealtad y constancia de su prometido, no habría cuartel, ni piedad; y cercano, muy cercano estaba el día, la hora, en que cesarán tantas aficciones.

Juntos, muy juntos, confundidos los alientos de ambos amantes; las manos de ella entre las de él; los ojos irradiando torrentes de vivísima llama de amores, y á veces, sumidos en dulce y mudo embeleso; permanecen hora tras hora,... hasta que el velo de la noche, alzándose lentamente, sorprende á la enamorada pareja, si desfallecida por los estragos de tantas y tan hondas emociones, ávida de tornar á sentir las en la noche venidera...

II

LA REJA DE LA CÁRCEL

En el extremo orientado al norte de la histórica villa, y en la estribación más alta del anfiteatro en que se asienta; emplazada en solar que fué un tiempo plaza de armas de señorial castillo, frontera atalaya de campo moro; formando parte de sus muros más fuertes, vetustos cubos de arábiga fábrica, resellada por alarifes en cinco centurias; limítrofe del pedregoso camino que conduce á villorios de la jurisdicción comarcana, de senderos trashumados por arrieros, por guardias civiles y rurales, y por émulos de San Eustaquio, anhelosos de cazar la montaraz perdiz, desde puesto traidor; allí, donde, aun subiendo mucho, no llegan jamás los rumores del villano vecindario, y sólo percíbense, con sempiterna monotonía, la canturía del campesino que regresa al hogar á la hora de Angelus, ó el gruñido estridente del puerco que no ahito en la montanera, despéñase por las quebradas de la vereda, á impulsos de su connatural glotonería, codicioso del pienso que le aguarda en la zahurda; asíéntase la cárcel de partido, edificio de abigarrado color y de lúbrica construcción, libro abierto y de veraz y copiosa enseñanza para el arquitecto, Meca de historiadores y arqueólogos, lugar siniestro para los villanos cuyas cercanías recorren *à fortiori*, por ser obligada vía de acceso á sus heredades, y bochornoso y deprimente y sucio albergue de infelices hombres que delinquieron.

El Estado, que, en ciertos llamados *servicios* reservados, y en secciones y capítulos del presupuesto de gastos, que no hay que nombrar porque son de todos conocidos, dispendia el tesoro acumulado anualmente por el tributario, regatea al preso, lo que liberalmente da el hombre al buey en el establo, al mulo en la cuadra y al cerdo en la pocilga.

No basta, no, á la vindicta pública, ni satisface á la ley ultrajada, separar el miembro gangrenado de los sanos, para evitar contagio, ni privar al delincuente del más preciado goce de la vida: la libertad. Si el legislador dictó la ley para castigar, redimir y ejemplarizar, la administración imprevisora leda, torpe, cuando no inmoral, agrava las rigideces de la sentencia, y abruma los cuerpos ya extenuados por perpetuo apóstrofe de la conciencia, aherrrojándolos y sumiéndolos en obscuro, húmedo y hediondo muladar.

No otra denominación merecen los tugurios en que yacen, ya aislados, ya en pelotón numeroso, verdadera piara humana, los seres que purgan su delito en el vetusto caserón, *antigua frontera atalaya de campo moro*.

Aquella ventana, postrera de las abiertas en el muro de occidente, en lugar el más solitario y sombrío del fatídico edificio; de pesado marco barroqueño, en el cual apenas quedan vestigios de gallarda traza plateresca; adornada con la eflorescencia que en las anchas y profundas grietas germinó, merced al polen á ellas llevado por el viento, — atavío en que colaboran la incuria y los siglos, — y cerrada por doble reja de gruesos barrotes de hierro,... aquella horrible ventana, es el oprobioso nimbo que circuye la entenebrecida faz del recluso que, en mal hora, se reveló con tra la sociedad, infligiéndola desacato.

Por lecho, una tarima de vieja y nauseabunda madera; por ánfora en la cual apagar la sed, — tanto más avivada, cuanto más lucubra á solas la imaginación, — un pestilente cántaro con agua de algibe ó de insalubre pozo; por ornamento de la estancia, los sillares de piedra, ennegrecidos por el tiempo y el abandono, y en ellos pintarrajeadas mil blasfemias que engendró la desesperación, infinitos toscos dibujos, trasunto del típico tatuaje del presidario, leyendas tristes y fechas que recuerdan pesares; por todo escudo contra la lluvia, el frío ó el calor, los férreos barrotes enhietos, escuetos, que, si no defienden al prisionero de la inclemente escarcha, ni del sol canicular, ni de la ventisca,... arrullanle, cuando Aquilón des-

átase en iras, con siniestro silbo, que aterroriza en los comienzos el espíritu, y á la postre lo encalla y endurece,... cual si fuera mala bestia condenada á aspirar continuamente la fetidez de todas sus propias emanaciones.

Aquella maldecida reja, — mil veces maldecida por día, — símbolo y real representación de cautiverio, es, no obstante, ansiada mira desde la cual el cautivo ahita su retina en la tenue luz matinal y en la vívida del meridiano, dirige anhelante y avisor la mirada hacia el vecino sendero, esperando acongojado en perpétua zozobra, percibir la silueta de los seres queridos por su corazón, que le traigan consuelos para el alma afligida, sustento para su decaído cuerpo y lenitivo á su misérrima existencia.

Apostados en la reja, en guardia perenne, guardia de lucha sin tregua ni cuartel, atisba al transeunte, está atento al menor rumor, para buscar con su presencia fugaz, esparcimiento á su ánimo atribulado; y torna al fondo del tugurio, contristado y lloroso, al ver que aquél aparta con horror la vista del vetusto edificio, y que éste es eco de un anatema, de un acento de repulsión.

Abrazado á los barrotes de la carcelera reja, sonda con mirar de lobo el espacio, en espera del primer rayo de luz de la alborada; porque á las tinieblas de su alma, únense las que en larga noche padece, ya que no le es permitido reemplazarla artificialmente, porque lo veda la ley.

Acogido á la reja como á ánfora salvadora, sorpréndele no bien cae la tarde, el siniestro rumor que producen los alcaides y sus esbirros, al contrastar, en requisa inquisitorial, el cerramiento de calabozos y la seguridad de cadenas y grilletes; y los brutales martillazos de los verdugos, y el re-



chinamiento de ajustados cerrojos, repercuten siniestramente en todo su ser, crispándolo y saturándolo de tristeza.

Asomado á esa reja, en delirante insomnio, canturrea á la sordina y entre lúgubres alertas del vigilante centinela, sentimentales contrastes, en que el alma se desborda mal comprimida; acabando la copla muchas veces en sollozo, con cortejo de lágrimas que escaldan sus mejillas.

Con extasiado mirar, mudo el labio, latiendo el corazón en el pecho con latido de león herido é impotente para la represalia, aferrado á la inquebrantable reja, se abisma su fantasía, recordando el bien perdido, suspirando por recobrarlo, meditando venganza á su agravio, forjando propósitos de enmienda, que le reinvidique la estimación y la honra perdidas.

Como el pajarillo cautivo en frágil jaula, busca tenaz el lucero que le devuelva su elemento, para en él batir sus alas y saturar sus pulmones, hendiendo el éter, el prisionero en el caserón de la histórica villa no abandona la reja, frontera inquebrantable que lo separa de la sociedad que lo repudió; y, nuevo Tántalo, sufre el terrible suplicio de ver la libertad de los demás, á través de los barrotes que la retienen en esclavitud infamante...

RAFAEL CHICHON



HEROES DEL GENERO CHICO

† ADOLFO DE CASTRO

INSIGNE LITERATO, FALLECIDO RECIENTEMENTE EN CÁDIZ

Si fin era el lógico, el previsto, el que señaló la naturaleza á muchos de los dotados como él de generoso espíritu y privilegiada inteligencia.

Tras una vida consagrada continuamente al estudio y al trabajo, se hundió en la fría eternidad, á los setenta y cinco años, dejando por toda herencia sus obras; valiosísimas joyas literarias, cuya importancia no ha apreciado debidamente la España contemporánea, á causa del indiferentismo que caracteriza á sus hijos, en este bienaventurado siglo de las luces.

Verdad es, que Castro llevaba consigo, luchando con sus muchas virtudes, un pecado imperdonable; el de la modestia. Mientras otros con menos méritos y más petulancia, se encumbraban y enriquecían, él, ni siquiera supo tasar el propio valer, para labrarse una posición desahogada; pudiendo asegurarse que en su imaginación de prodigiosa fecundidad, no germinó nunca un solo pensamiento material. Joven, muy joven, pues contaba veinte años, dió á la estampa su precioso libro: « *Historia de Jerez de la Frontera* », y poco después, la de *Cádiz*; con tan feliz éxito, que aun en la actualidad andan á caza los bibliófilos de sus dispersos ejemplares.

A esas obras, consideradas como ensayos por el novel escritor, siguieron otras de mayor aliento, sobre materias tan diversas y bien tratadas, que los críticos de más nota hubieron de reconocer y pregonar los excepcionales conocimientos del autor, y su profunda erudición; de suerte que el nombre de Adolfo de Castro, alcanzó pronto una popularidad europea; siendo traducidas á distintos idiomas varias de sus hermosas concepciones.

La más celebrada, á no dudar, fué *El Buscapié*, que produjo honda emoción en el público; atribuyéndola, la mayoría de los inteligentes, nada menos que al insigne Cervantes Saavedra; lo que dió margen á ingeniosísimas polémicas; mereciendo especial mención la sostenida por su mismo autor, contra el castizo literato extremeño, apellidado Gallardo.

Entre las producciones más notables que trazó su pluma, figuran las tituladas: *Los protestantes españoles y su persecución por Felipe II*, *Extracto de un manuscrito*, *Historia de los judíos en España*, *Cartas desde el otro mundo*, *Proceso del iracundo piratabillio Don Bartolomé Gallardete*, *Ca-*

diz en la guerra de la Independencia, y otras muchas, que si aisladamente bastan para crear una reputación,... juntas, sirven de cimiento á una gloria.

En la literatura dramática obtuvo también éxitos muy ruidosos; lo cual ratifica cuanto llevamos expuesto acerca de su infatigable laboriosidad y complejo talento.

Amó á Cádiz, su tierra natal, con todos los entusiasmos de una imaginación fogosa y de un corazón noble; probándole la inmensidad de su cariño, siempre que se le deparaba ocasión de dispensar beneficios colectivos ó individuales. Entre sus iniciativas de mayor empuje y dignas de encomio, que llevó á feliz práctica, merecen citarse: el monumento erigido á la memoria del gran naturalista Columela, y la estatua de Cornelio Balbo.

Desempeñó la Alcaldía de Cádiz y el Gobierno Civil de Huelva, patentizando en ambos cargos su honradez intachable, su proverbial bondad y su ilustrado criterio.

Veterano de la prensa española, contaba con el aprecio de todos sus compañeros; siendo *La Palma de Cádiz* el último periódico que dirigió; el cual, gracias á sus esfuerzos y pericia, llegó al nivel de los mejores de la Península.

Pertenecía á la Real Academia de la Historia; era Caballero de las órdenes de Isabel la Católica, de María Cristina y del Espíritu Santo de Servia; ostentaba en el pecho la Cruz de Beneficencia; gozaba la categoría de Jefe Superior de Administración Civil y de Hacienda; y había presidido el Ateneo de Cádiz.

Ultimamente publicó, editado por la casa Lázaro, de Madrid, un libro sobre los *Galicismos*, que puso dignísimo remate á su carrera literaria; pues trataba en él, esa ardua materia, con el donaire, discernimiento y puridad de lenguaje que siempre

le fueron peculiares.

¡Lástima grande que la implacable muerte no establezca una excepción en favor de seres superiores como éste á quien nuestra humilde pluma consagra un cariñoso recuerdo á la par que justísimo tributo; respetando una existencia tan bien empleada, más que en beneficio propio, en honra y provecho de la madre patria!

MANUEL ESCALANTE GÓMEZ



EL CIEGO

CUENTO DE NAVIDAD

LA tarde del 24 de Diciembre le sorprendió en despoblado, á caballo, y con anuncios de tormenta. Era la hora en que, en invierno, de repente se apaga la claridad del día, como si fuese de lámpara y alguien diese vuelta á la llave para acortar la luz: sin transición, las tinieblas descendieron borrando los términos del paisaje, acaso apacible á mediodía, pero en aquel momento tétrico y desolado.

Hallábase en la hoz de uno de esos ríos que corren profundos, encajonados entre dos escarpes; á la derecha el camino, á la izquierda una montaña pedregosa, casi vertical, escueta y plumosa de tono. Allá abajo, no se divisaba más que una cinta negruzca, donde moría un reflejo rojo del poniente; arriba, densas masas erguidas, formas extrañas, fantasmagóricas; todo solemne y amenazador. No pecaba Mauricio de cobarde, y, con todo eso le impresionó el aspecto de la montaña; sintió deseos de llegar cuanto antes al Pazo, del cual le separaban aún tres largas leguas, y animó con la voz á su montura, que empujaba las orejas recelosa.

Arreció el viento y le obligó á atar el sombrero con un pañuelo bajo la barba; el trueno, lejano aún, retumbó misteriosamente; ráfagas de lluvia azotaron la cara del jinete, y de súbito el caballo se encabritó y pegó un bote de costado: de entre la maleza había salido un bulto. Echaba ya Mauricio mano al revólver, cuando oyó estas palabras en dialecto:

— ¡Una limosnita! ¡Por amor de Dios que va á nacer... una limosnita, señor!

Mauricio, tranquilizándose, miró enojado al que en tal sitio y ocasión pedía limosna. Era un hombrachón alto, descalzo de pie y pierna, que llevaba al hombro unas alforjas, y se apoyaba en recio garrote. La obscuridad no permitía saber cómo tenía el rostro; la ancianidad se adivinaba en lo cascado de la voz y en el vago reflejo plateado de las greñas blancas.

— Apártese — murmuró impaciente el señorito. — ¿No ve que el caballo se asusta? Si me descuido, al río de cabeza... ¡Vaya unas horas de pedir!

— ¿Dónde está el río? — gritó con hondo terror el pordiosero. — ¿No es aquí el camino de la iglesia de Cimáis? Señor, por el alma de quien lo ha parido... Señor, no me desampare... ¡Soy un ciego! ¡Nuestra señora le conserve la vista!

Mauricio comprendió. El viejo sin ojos se había perdido, y para no despeñarse necesitaba un guía. Sí, convenido; necesitaba un guía... ¿Y quién iba á ser? El, Mauricio Acuña, que desde Orense regresaba á su casa, en noche de Navidad, á cenar, á pasar alegremente la velada, jugando al julepe ó al golfo con sus hermanos y primos, fumando y riendo? Si sujetaba el paso de su caballo al andar de un ciego; si torcía su rumbo cara á la iglesia de Cimáis, distante buen trecho de allá, ¿á qué santas horas pondría los pies en la sala del

Pazo de Portomellor? Un instante titubeó: era cuestión de sacrificar algunos minutos á colocar al ciego en la dirección de Cimáis, y dejarle ya orientado. Sólo que era internarse en la *carballeda*, exponerse á tropezar en los cepos y en los pedruscos, y sobre todo era condescender á los ruegos del mendigo, que no soltaría á dos por tres á su lazarillo improvisado. «Más vale escurrirse» decidió; y sacando del bolsillo un duro, lo dejó en la mano suplicante que el viejo extendía, metió espuelas al caballo, y escapó como un criminal.

Sí, como un criminal — así definió su conducta, en el punto de refrenar á *Maceo*, su negro andaluz cruzado, y darse cuenta de que había caído enteramente la noche. Celada por sombríos nubarrones, la luna se entreparecía lívida, semejante á la faz de un cadáver amortajado con hábito monacal. La carretera se desarrollaba suspendida sobre el río que, á pavorosa profundidad dormitaba, mudo y siniestro. El viento combatía los troncos robustos de los árboles; y un relámpago alumbró la superficie del agua, un trueno resonó ya bastante cercano, Mauricio se estremeció. ¿Se habrá caído el viejo al agua? Encogióse de hombros, después; pero creía escuchar el paso de un hombre que tentaba el suelo con un palo, como hacen los ciegos. Absurdo evidente, pues con la galopada que *Maceo* había pegado, quedaría el mendigo atrás un cuarto de legua. Lo cierto es que Mauricio juraría que le seguía *alguien*: alguien que respiraba trabajosamente, que tropezaba, que gemía, que imploraba compasión. Invencible desasosiego le impulsó á apurar nuevamente á su montura, para alcanzar pronto el cruce en que la carretera se desvía del río, cuya vista le sugería el temor de una desgracia. ¿Se habría caído...? — Lo que á Mauricio le acongojaba más, era la idea de haber abandonado á un ciego, en tal noche. «Hoy no debí dejar sólo á un infeliz», cavilaba, hincando la espuela en los hijares de *Maceo*. Y lo más sucio, lo más vil de mi acción fué darle dinero. ¡Dínero! Si á estas horas flota en el río... Estoy por volverme. ¿Y si me vuelvo y veo el cuerpo en el río? ¿No viene nadie detrás?...»

Maceo volaba: un sudor de angustia humedecía las sienes del jinete. El zumbido de sus oídos y el remolino del viento no le impedían oír cada vez más próximas las pisadas del que le seguía, y de percibir la misma respiración entrecortada, el mismo doliente gemido; y no se atrevía á volverse: menos volverse, todo... porque, si se volviese, quizá vería la figura del ciego mendigo, alto, descalzo de pie y pierna, con el zurrón al hombro, el cayado en la mano, y reluciente en la obscuridad la plata de sus blancas greñas...

— ¿Estaré loco? — discurrió Mauricio, en un espeluzno de pavor. — Ea, ánimo... Debo volverme... — Y no se volvía; su garganta apretada, su corazón palpitante le hacían traición: tenía miedo. Apretó las espuelas, y el caballo, excitado, aceleró el tendido galope, haciendo volar los guijarros del camino. La tempestad estaba ya encima: el relámpago brilló, un trueno formidable rimbombó sobre la misma cabeza de Mauricio. Alborotóse *Maceo*; giró bruscamente sobre sus patas traseras, y se arrojó hacia el talud que dominaba el río. Vió Mauricio el tremendo peligro, cuando otro relámpago le mostró la superficie del agua y el abismo: cerró los ojos, aceptando el castigo... y el caballo, en su vértigo mortal, arrastró al jinete al fondo del despeñadero, tronchando en su caída los pinos y empujando las piedras del escarpe, cuyo ruido fragoroso, al rodar peñas abajo, remedaba aún los desatentados pasos del ciego que tropezaba y gemía.

EMILIA PARDO BAZAN



NIZA Y ROTA

VERDADES entre cañas de vino y ramilletes de violetas. Un tomo en 8.º francés, de 353 páginas. Garnier Hermanos, Libreros-Editores. París, 1898.

El eminente escritor don José Navarrete ha tenido la cariñosa atención de enviarme uno de los primeros ejemplares de su nuevo libro: *Niza y Rota*.

Niza y Rota, su mismo autor nos lo dice, es una colección de artículos escogidos por él, de manera que haya unidad en la variedad; que los lectores, bajo un firmamento sin nubes y un sol esplendoroso, descubran y vean, entre matas de claveles y vinos andaluces y palmeras, violetas y maravillas de la costa de los Alpes Marítimos; algo de sus *ideales científicos y su concepto del arte*; y como deducción *matemática* de los unos y del otro, varias reformas, las cuales cree que son necesarias, en todos los aspectos y desde todos los puntos de vista, para la felicidad de nuestra querida España.

Leído el libro, con la atención que merece prólogo tan seductor, hállanse en él ternuras infinitas para la patria; chasquido de copas del mismo cristal; aromas de rica manzanilla; perfumes de azahar, de violetas y claveles; gritos del alma; gorgojo de pájaros; siluetas de mujeres hermosas; notas valiosísimas de crítica; panoramas encantadores; juicios notables de historia; descripciones incomparables; opiniones científicas de verdadera importancia; cantares y músicas, que llegan al alma; pensamientos de alta filosofía; delicadas observaciones sobre las bellas artes; recuerdos de tristezas y alegrías: un conjunto encantador que atrae y conmueve.

Treinta y cinco artículos componen el libro, á cual más bellos é interesantes. Hacer una reseña de todos sería muy de mi gusto; pero no lo consiente el espacio de que puedo disponer, y he de contentarme con hablar de algunos, no los mejores quizá, pero sí los que mayor impresión han producido en mi ánimo.

Rota y Niza. — Este capítulo forma, en mi opinión, la base del libro.

La descripción del *Paseo de los Ingleses*, y la *Avenida de la Estación*, de Niza, llenos de flores, son un portento de hermosura, y apenas leídas dan ganas de arreglar la maleta, coger el tren *express* y no parar hasta la capital de los Alpes Marítimos; pero al recordar los azahares del Picacho de Sanlúcar, las olas y las peñas de la playa de la Costilla de Rota, el paseo de las Canteras de Puerto-Real, los campamentos de sal de San Antonio de Cádiz, el mismo autor del libro nos obliga, no á deshacer la maleta, y sí á arreglarla más pronto, á fin de tomar el tren que con mayor rapidez pueda conducirnos á esa tacita de plata que llaman Cádiz.

Almuerzo con Flammarion. — En este artículo, Navarrete elogia, como se merecen, los méritos del sabio astrónomo que ostenta en su pecho la cruz de Carlos III, y que tantos admiradores y amigos cuenta en España, de la que es acérrimo partidario.

Veamos como le retrata:

«De mediana estatura, ni flaco ni grueso; bien proporcionado; de cabello entrecano y algo enmarañado, como la barba; de facciones regulares, con un conjunto simpático, atrayente. Joven, sólo el brillo y la expresión escudriñadora de sus ojos revela el poderío de la inteligencia y del espíritu.»

El Trípoli. — Este artículo, publicado en *El Liberal* hace algunos meses, produjo el mayor contento entre los lectores del ilustrado diario.

Con efecto, alegría y grande debía causar en los españoles ver que en el programa de concierto del aristocrático Casino de Niza figuraba junto á la *Marche turque*, de Mozart, y la *overture Giralde*, de Adam, nuestra popular jota,

«La Virgen del Pilar dice...»

y nuestro clásico *Trípili*, antigua y graciosa tonadilla, con sus conocidos versos;

«Con el trípili, trípili, trápala,
esta tonadilla se canta y se baila.

¡Olé morena

Viva tu gracia!

Que me has robado el alma.»

Con aquella brillantísima orquesta, nuestros aires nacionales produjeron un delirio en el auditorio. El público aplaudió estrepitosamente; de todas partes salían *bravos*, y Navarrete nos cuenta que lloró, como nosotros hubiéramos llorado recordando la patria ausente, tanto más querida cuanto más desgraciada.

Concepto del ejército. — Aparte de sus ideas y proyectos que yo, profano en esta ciencia, no me atrevo á discutir, el autor del libro que nos ocupa, militar hasta el fondo del alma y liberal hasta la médula de los huesos, considera el ejército como una máquina potentísima de civilización, afirmando que el soldado que garantiza la libertad en el interior y defiende á la nación en el exterior es una institución de bienestar y de progreso.

Odisea en Monte-Carlo. — Para comprender todo el valor de este artículo, necesitaríamos conocer perfectamente aquel hermoso rincón de tierra, dedicado exclusivamente al juego; aquel famoso casino que mantiene todos los gastos del Principado «desde el sueldo del Príncipe, hasta el más modesto servicio municipal».

La heroína de Monte-Carlo, la hermosa mujer de las perlas negras, que juega y pierde, que abandona la ruleta para empeñar sus alhajas, que antes de volver á ella entra en la iglesia á implorar la protección divina, que torna al salón á jugar y perder, acabando por pedir á un su amigo y protector un luis para comer, y luego doce francos para *les asperges*,... es un tipo que sólo allí puede encontrarse.

La protagonista de este artículo nos ha traído á la memoria aquella griseta de París tan gráficamente pintada por Alfredo de Musset, la joven *Mimi Ponson* que dispuesta á suicidarse, por falta de recursos y de alimento,... al recibir el socorro que le envía uno de sus antiguos galanes, lo primero que hace es desempeñar un lindo chal que tiene en el Monte de piedad, y marcharse con otra amiga á saborear un rico helado en el elegante café Tortoni.

Derechos y deberes, (dos artículos), *La Revolución* y *Los revolucionarios* y *La paz universal*, son artículos de alto vuelo, llenos de excelentes ideas, y cuajados de hermosos pensamientos.

Noticias del cielo. — ¡Qué bellissimo es este artículo! Un su amigo pide al señor Navarrete noticias de tan consoladora región, y él le invita á ir á Niza el próximo invierno á consultar á esa gloria de la humanidad que se llama Flammarion «el cual conoce, como ningún otro ciudadano terrestre, las muchas, las infinitas moradas que, como dice Jesús en el Evangelio, *hay en la casa de su padre*».

Los charlatanes. — De Mario cantando el *Barbero*, Gayarre la *Favorita* y Tamberlick el *Guillermo Tell*, quedaba el anhelo vivísimo de oírlos otra vez, cuanto antes mejor.

De los oradores de discursos largos y huecos, queda tan sólo la consideración de lo imposible que fuera tornar á escucharlos.

Así se expresa y con razón el señor Navarrete; y con justa saña crítica á esos que nuestro ingenioso fabulista Iriarte apellidó *charlatanes*; oradores que, en su afán de hablar, peroran las horas enteras,... sin llegar á decir nada.

Niza y Rota. — Veamos como el autor del libro nos pinta estas dos poblaciones.

«¡No hay más que Niza!, exclaman los viajeros que la visitan después de admirar sus celebrados panoramas, sus grandiosas construcciones, la excelencia de su clima, el desarrollo de las ciencias, las artes y las industrias, el encanto de sus fiestas y la bondad de sus moradores.

«¡No hay más que Niza y Rota, digo yo; representando la una los Alpes Marítimos, y la otra Andalucía, con sus hermosísimas ciudades de Jerez, Sanlúcar, el Puerto, Cádiz, San Fernando, y las deliciosas villas de Chipiona, Puerto-Real, Rota y Chiclana.»

Al describir su tierra, exclama poseído del más grande entusiasmo:

«¡Tierra del sol en eterno azul, de las flores, del saber, del arte, del júbilo, de la gracia, de la hermosura, del amor!... tierra donde nació bendita seas!

Vamos á terminar.

El libro, por cuya publicación felicitamos al señor Navarrete y cuyo envío y dedicatoria estimamos en lo mucho que vale, es digno, por todos conceptos, de leerse y de estudiarse.

Con una prosa gallarda, un estilo poético y gran altura de pensamiento, plantea y resuelve problemas de verdadera importancia.

Podrá ser tachado de apasionado en ciertos y determinados juicios; pero muchas de las reformas que propone son dignas de la mayor estimación; porque van enca-minadas á la defensa, al engrandecimiento y á la felicidad de esta España, para él y para todos los buenos españoles, tan entrañablemente querida.

E. RODRIGUEZ-SOLIS



NOTA ARTISTICA DE ACTUALIDAD; POR MODESTO URGELL.

Al eminente maestro D. Juan B^{ta} Pujol.**MARIPOSAS**ESTUDIO N^o 2 EN MI NATURAL MAYOR

PARA PIANO

por ROBERTO GOBERNA. Op. 43.

Allegro.*Pianissimo e molto legato.**Pianissimo.**ppp*

8

pp

vibrante.

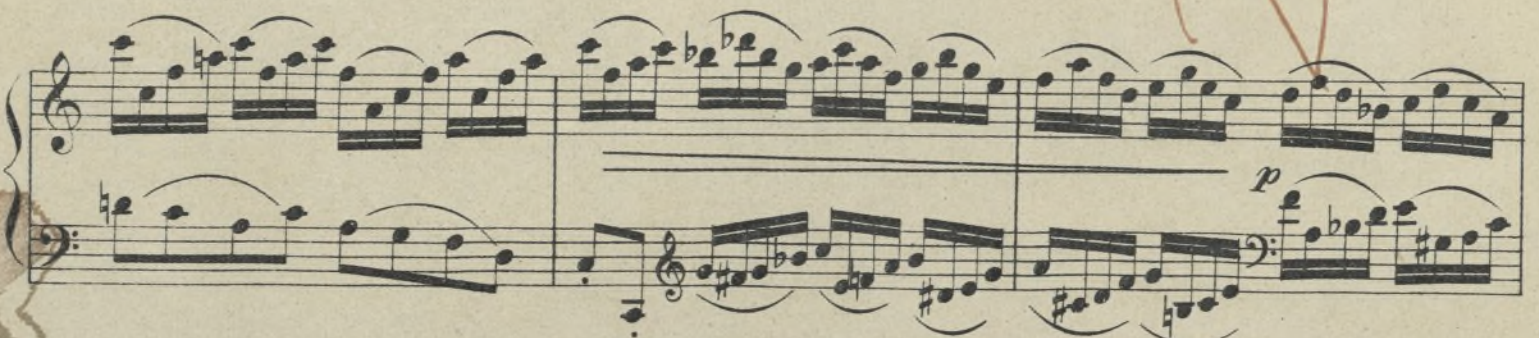
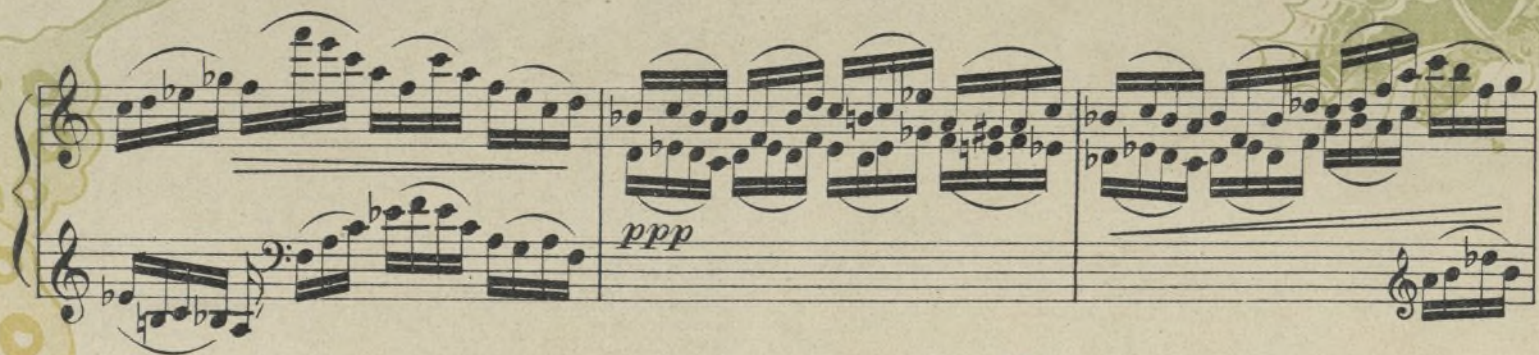
celeste

pp

f

pp

ppp





Queda terminantemente prohibido venderla por separado.

EL IDEAL

(Conclusión).

— De veras, de veras.

Alejáronse algunos pasos de donde estaba la doncella y continuaron hablando en voz baja. Federico accionaba briosamente, como si intentara convencer á Enriqueta de algo que le proponía. Ella, apenas desplegaba los labios. Escuchaba, mirando al suelo, y respondía con monosílabos. Duró largo rato la conferencia. La doncella nada escuchó. Unicamente, cuando terminó la plática, oyó la voz del joven que decía.

— ¿Te decides? Piénsalo bien. Si es verdad que me quieres, ninguna ocasión como esta para demostrármelo.

— ¿Y mis padres? — respondió la joven con voz entrecortada.

— Al fin, te perdonarán. ¿Vienes?

La respuesta de su señorita no la oyó la doncella. Acto seguido, se le acercó Federico.

— Vaya usted á la iglesia y espérenos allí. Iremos enseguida... Vamos á dar un paseo... Tenemos mucho que hablar...

Obedeció la doncella. El joven, cogióse después del brazo de Enriqueta y la arrastró consigo.

— ¡Vamos, vamos! Un minuto que nos retardemos puede ser nuestra perdición.

Ella se dejó conducir, sin darse cuenta de lo que hacía. Hallábase en momentos de crisis nerviosa. Tenía fiebre...

VII

Se da com seguro, que en la pacífica y tranquila capital, — que era una de las de segundo orden, — nunca se armó marimorena más grande que la promovida por el diputado don Martín de la Cruz, en cuanto supo la fuga de su hija. Lo primero que hizo fué llenar de improprios á la doncella, llamándola estúpida, mema, imbécil; después se echó á la calle, loco, furioso, desesperado. Fué al gobierno civil y habló con el gobernador, pidiéndole cuantas fuerzas de policía tuviera, para capturar á los prófugos.

Funcionó el telégrafo, llevando la noticia á todos los rincones de España, y los periódicos publicaron gacetas maliciosas, dando cuenta del suceso; pero sin decir, por decoro al diputado, el nombre de la niña. Hicieron mil comentarios, la chismografía tuvo tela cortada, para dar rienda suelta á las conjeturas más estrafalarias, y el atribulado don Martín fué objeto de burlas sangrientas.

La autoridad se apersonó en casa de Federico, revolvió sus papeles, y sólo encontró varios cuadernos de apuntes de derecho internacional.

Doña Margarita pasó el día hecha una Magdalena; todo se le fué en llorar y en maldecir al bribón de Federico. Hay quien asegura que, en un raptó de furor, dió un pie de paliza más que regular á la doncella, por haber sido cómplice de la fuga de Enriqueta. Otros, quizás mejor informados, desmienten esta versión, afirmando que la educación de Margarita le impedía des-

cender al nivel de las verduleras; que lloró mucho... y juró por todos los santos del cielo no perdonar á Enriqueta.

Don Martín pasó todo el día yendo, viniendo, contando á cuantos conocía el triste suceso, y reclamando auxilios. Anduvo de ceca en meca, indagó, inquirió; pero con tan poca fortuna que sus pesquisas no tuvieron éxito.

¿Dónde diablos se hallarían los tórtolos? De provincias iban recibiendo telegramas desconsoladores; en ninguna parte vieron á la enamorada pareja.

¿Estarían ocultos sin haber salido de la capital? El diputado vislumbró alguna esperanza. No quedó fonda, posada ni hospedería por visitar; pero tampoco dió resultado esta requisa.

Y hasta tres días después de la fuga no cayó doña Margarita en cuál pudiera ser el refugio de Enriqueta y Federico.

— De seguro están en casa de don Manuel Ozcariz.

— ¡Es verdad! — respondió su esposo, golpeándose furiosamente la cabeza. — ¡Torpe de mí! ¡No haberlo pensado antes!...

En cuanto hubo ocasión, se trasladó al pueblo de Federico, presentándose en el domicilio de Ozcariz, con ínfulas de rey absoluto.

Por de pronto, don Manuel, que tenía muy presente la escena que en otro lugar se ha contado, supo parar los pies al diputadillo, diciéndole que en casa ajena se entraba con buenos modos, y no dando resoplidos, como becerro aguijoneado.

— ¡Vayan al diablo las fórmulas y las consideraciones! — rugió don Martín; — lo que me importa es saber donde está mi hija.

— ¿Enriqueta?... pues, aquí.

— ¡Aquí! ¡Bien lo tenía!

Y subió la indignación de don Martín á tal punto, que echó por su boca las más foribundas recriminaciones.

— Cállese, señor mío; con todo eso no podrá evitar lo sucedido.

— Su hijo de usted es un miserable, un perdido, á quien ahogaré entre mis manos, en cuanto se me ponga por delante.

— Lo cual no borrará la mancha que su hija de usted ha echado en su buen nombre.

Ese argumento hizo reflexionar al señor de la Cruz, y le apaciguó bastante.

— ¿Y qué hacemos?

— Buscar la manera de arreglar este asunto... buenamente. Sepa y entienda, señor don Martín, que yo soy el primero en lamentar la calaverada de los muchachos, y le aseguro que Federico ha oído de mí serias reprensiones; pero como lo hecho tiene más fuerza que las razones... esto tiene que concluir en casorio.

— ¡Mi hija casarse con ese...!

No sé que iba á decir don Martín. Tuvo en cuenta que hablaba con el padre de Federico, y corrigió la frase, antes de terminarla.

— ¡Enriqueta casarse con el hijo de usted!

— Vea si hay otro remedio...

— ¡Es verdad! — suspiró tristemente el diputado.

— Así es que lo más acertado será dar al olvido esta aventura, y que se casen los muchachos, y quedémos en paz y buena armonía.

Extendióse Manuel en largas consideraciones, para demostrar á don Martín que Federico no era tan mal partido para Enriqueta, puesto que heredaría la fortuna de su padre, y estaba á punto de acabar la carrera de abogado; pero su interlocutor, que no estaba para escuchar historias, y tenía fervientes deseos de ver á su hija, le atajó diciendo:

— Bien; todo eso me tiene sin cuidado, porque estoy dispuesto á transigir. Que venga Enriqueta, y arréglese el asunto cuanto antes.

Presentáronse los tórtolos. Ella, avergonzada y humilde; él, altivo y un tanto soberbio.

Don Martín, quiso mostrarse severo, pero en cuanto su hija le abrazó llorando y pidiéndole perdón, sintióse conmovido y lo olvidó todo.

— Puesto que el cielo lo ha dispuesto así, casaos y sed felices. ¿Serás dichosa, siendo esposa de Federico?

— Sí, papá.

— ¿Y tú amarás siempre á tu mujer?

— Siempre.

— ¡Dios os haga unos benditos!

Todo parecía haber terminado, de modo satisfactorio, cuando hete aquí que Federico sale con un desquite.

— Entandámonos, don Martín; dispuesto estoy á casarme con Enriqueta. No he querido jamás á otra mujer; pero es preciso que yo no quede en ridículo.



— ¿Qué quieres decir? Explícate — dijo Ozcariz, que tampoco entendía palabra.

— Ya saben ustedes mi significación en la política y el porvenir que me espera.

Don Martín frunció el entrecejo.

— No puedo claudicar de mis ideas, ni obrar contra mi conciencia; por tanto, me casaré con Enriqueta, siempre que no necesitemos curas ni bendiciones. Es preciso romper los antiguos moldes, comprender que la iglesia no tiene poder alguno sobre los ciudadanos, y que se puede ser buen padre y buen esposo, sin necesidad de haber escuchado la epístola de San Pablo.

Vaya, ¡otro nuevo jollín! Alborotóse el señor de la Cruz; llamó hereje y judío á Federico; predijo que el joven acabaría en presidio; y declaró que su hija, como buena cristiana, no se casaría sino cumpliendo todas las fórmulas que exige nuestra santa iglesia. Luego, volviéndose hacia don Manuel:

— ¿Ve usted adonde conduce la mala educación? A mí que no me digan que un hombre sin creencias puede ser honrado. El descreimiento es la causa de todos los crímenes y de los vicios que corrompen á la sociedad actual.

Después, dirigiéndose á Enriqueta:

— ¡Lo oyes, inocentona? Bien claro lo ha dicho. Ni te quiere, ni te ha querido, ni te querrá. Ese, no es más que un vividor vulgarote, que, como todos los que no aprovechan para nada, pretende ser redentor del pueblo, embaucando incautos y haciendo promesas que nunca ha de cumplir. (Levantándose para marcharse). Está visto, no trato con hombres de honor, y no es posible ponernos de acuerdo. Vámonos á casa, hija mía, y lamentaremos toda nuestra vida el mal paso que acabas de dar.

Enriqueta y su padre salieron de la casa, y á las pocas horas, del pueblo.

El joven, cefijunto y callado, se fué á su habitación.

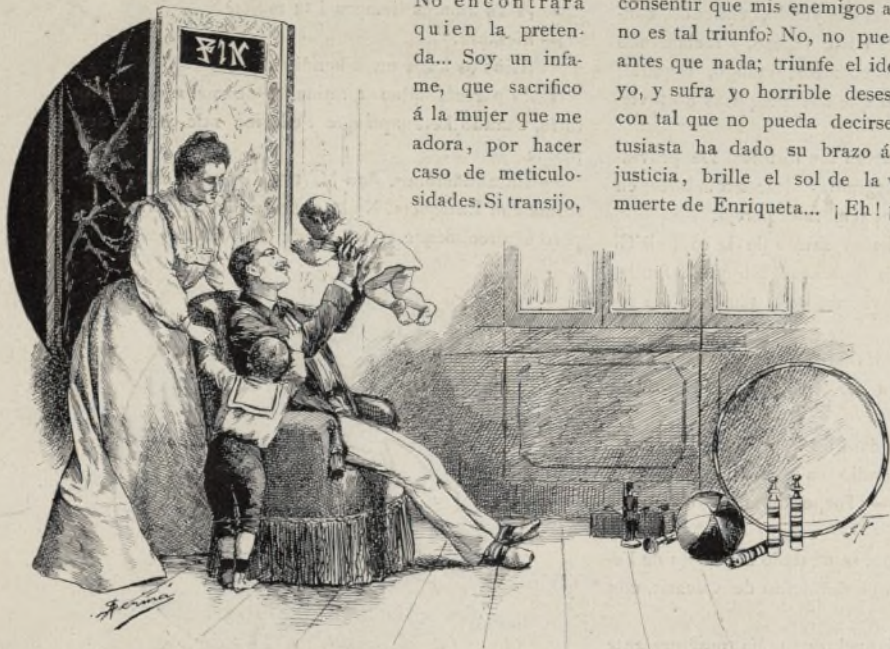
«Vamos á cuentas — dijo Federico, puestos los codos sobre la mesa de escribir y entornando los párpados, para reflexionar más á sus anchas — vamos á cuentas, que el caso es grave y merece ser examinado con detenimiento... Soy hombre sin seso, ni pizca de juicio, aunque diga lo contrario en ocasiones... ¿Quién me manda á mí meterme en cuestiones sociales y tomar con tanta fuerza la política? Nadie; fué por inclinación tonta... Ciertamente es muy noble y hasta santo, si se quiere.



re, ser mártir de un ideal: pero ¿qué se saca del martirio? ¿Gloria? Algunas veces, no siempre; y en cambio los disgustos superan á las satisfacciones.

Se detuvo un momento, suspiró y reanudó luego su soliloquio:

«Por mi puritanismo ridículo he perdido á Enriqueta, después de haber sido causante de su desdicha. ¿Quién va á casarse con ella después de lo sucedido?



No encontrará quien la pretenda... Soy un infame, que sacrifico á la mujer que me adora, por hacer caso de meticulosidades. Si transijo,

el descrédito será completo; me llamarán traidor y apóstata; creerán que me he vendido por el dinero del diputado; arrastraré en mi caída el prestigio de ese bendito ideal que con tanto entusiasmo he defendido.

«¡Ah!—dijo, golpeando nervioso el tablero de la mesa—las ideas son buenas, pero los hombres somos muy malos. Sí, sí: no quiero hacer excepción de mí, yo soy el primer canalla que pasea, con cara de persona decente. Mi decoro exige que repare la falta que he cometido, para que ni la más pequeña mancha empañe el buen nombre de Enriqueta. Debo casarme, transijir con todo lo que quieran, á trueque de mi deshonor política... ¿Qué dirán mis amigos? Digan lo que quieran. Antes que nada es mi felicidad, mi dicha; y solo puedo lograrlas casándome con Enriqueta... Pierdo un porvenir brillante, se malogra mi talento, antes de haber dado fruto, lo sé; pero así lo ha dispuesto la fatalidad, haciendo que Enriqueta sea hija de don Martín, y que éste ande metido entre gentes de sotana... Nada, nada, me caso...»

Nuevamente se detuvo: encendió un cigarro, y volvió á sus reflexiones:

«¿Qué triunfo para la reacción! ¡Cómo van á ponerme mis contrarios! ¡Con qué placer echarán las campanas al vuelo los periódicos místicos, para celebrar su victoria! Y yo, yo, enemigo declarado de todas esas mo- jigangas; yo, amante de la verdad; yo, filósofo que no admito sino aquello que lógicamente me explico ¿he de consentir que mis enemigos alardeen de un triunfo que no es tal triunfo? No, no puedo consentirlo. La verdad antes que nada; triunfe el ideal sacrosanto y sucumba yo, y sufra yo horrible desesperación, y sea yo infeliz, con tal que no pueda decirse que el campeón más entusiasta ha dado su brazo á torcer. Resplandezca la justicia, brille el sol de la verdad, aunque cause la muerte de Enriqueta... ¡Eh! ¡Alto, alto, que te atolondras, Federico! Más calma, más calma, hombre. Aunque sea cierto cuanto acabas de decir, ¿qué culpa tiene Enriqueta? ¿Qué tiene que ver la muchacha con todo eso? Haberlo pensado antes; haber tenido en cuenta el estado de la sociedad...»

Se levantó, cruzóse de brazos, y paseando por la habitación, continuó:

«Lo dicho: soy un mentecato. Por mi inexperiencia he venido á colocarme en situación difícil. No puedo casarme, ni dejar de casarme; no puedo dejar engañada á Enriqueta, ni cumplir mi palabra; no puedo romper los compromisos que tengo con el partido, con mis amigos... ni puedo cumplirlos, sin graves responsabilidades para mi conciencia... ¿Qué hacer? ¿Qué hacer?

Abrió la ventana; una ráfaga de aire purificó la atmósfera del cuarto. Soploba cierzo helado que calmó la excitación de Federico.

Poco después se acostó, diciendo:

«Estoy decidido: no me caso. Antes que nada el ideal... suceda lo que quiera...»

VIII

«Habéis visto los propósitos de Federico?

Pues bien: se casó. Ignórase cuanto tiempo duraron sus devaneos y cuantas veces se contradijo y volvió sobre su acuerdo. Ello fué, que algunas semanas más tar-

de, presentóse á don Martín de la Cruz, admitió las condiciones que impuso el diputado, y casó con Enriqueta, á pesar del inmenso clamoreo que motivó su resolución.

¿Fué un bien ó un mal? No es cuestión para que aquí se juzgue.

Hoy Federico es padre de dos niños robustos y sanos, con los que juega á todas horas.

Vive en el pueblo, no lee periódicos, y le importa un bledo la regeneración de la sociedad. Más diré; no falta á misa ningún domingo, oye con deleite los sermones y pláticas de los predicadores, y ha dado algunas limosnas, para restaurar la iglesia y hacer varias imágenes que faltaban en el altar mayor.

Es gran amigo del cura del pueblo, con quien pasea con mucha frecuencia, y... en más de una ocasión, le ha sentado á su mesa.

Falta apuntar que no está exento de disgustillos, por su borrascoso pasado. Pero, cuando sus antiguos compañeros le recriminan, hablándole del ideal con tanto tesón defendido por él, Federico, señala á sus hijos y á su esposa, y contesta, despreciando las censuras:

— ¡Este, este es mi verdadero ideal!

JULIÁN PÉREZ CARRASCO



Fot. Espingas

MTRO. ROBERTO GOBERNA.

INTERESANTÍSIMO

Cábenos la inmensa satisfacción de anunciar á nuestros constantes favorecedores que, para demostrarles, con motivo de la entrada en el nuevo año, nuestro agradecimiento por la entusiasta acogida que nos dispensan, EL PROXIMO NÚMERO, CORRESPONDIENTE AL 1.º DE ENERO DE 1899, SERÁ EXTRAORDINARIO, con aumento de páginas, conteniendo doble cantidad de ellas en color, y firmas de eminentes literatos y pintores; á pesar de lo cual, y del enorme exceso de gasto que implica su publicación, NO TENDRÁ AUMENTO DE PRECIO, PARA QUE RESULTE UN VERDADERO OBSEQUIO.

He aquí el SUMARIO DE DICHO NÚMERO:

CUBIERTA EN COLOR; de Román Ribera.

Una tarde aprovechada. Caricaturas, por Fradera.

PÁGINAS EN COLOR: Preparando el codo. Cuadro de Dionisio Baixeras.

El cuento azul. Cuadro de J. M. Tamburini.

Más firme que una roca. Cuadro de Joaquín Agrasot.

Ocios crueles. Cuadro de Francisco Masriera.

Aires libres. Cuadro de Francisco Miralles.

El fin de una rondalla. Cuadro de César Alvarez Dumont.

Orlas; de José Passos.

de Fernando Xumetra.

Drama egipcio. Caricaturas, de Ricardo Fradera.

PÁGINAS EN NEGRO: El año 1898 en España. Artículo de Francisco Pi y Mar-

gall.

A la fuerza. Artículo de la Vizcondesa de Barrantes.

Nota artística, de Eliseo Maifren.

Los humildes. Artículo de A. Riera.

Un acorde difícil. Composición y dibujo de G. Camps.

Crisantemos. Artículo de Emilia Pardo Bazán.

Las dos fuerzas. Artículo de José Echegaray.

Todo y nada. Poesía de Ramón de Campoamor.

A ti. Poesía de Francisco Tomás y Estruch.

Caridad. Artículo de Luis de Val, ilustrado por Eugenio Alvarez Dumont.

Drama egipcio. Cuento festivo, de Joaquín Arques.

MOSAICO.

REGALO. — Una pieza de música, original del maestro Antonio Nicolau.

Reservados todos los derechos de propiedad artística y literaria.

Impreso por F. Giró. — Papel de Torres Hermanos, Sucesores. — Litografía Labielle.

INDICE DE LAS MATERIAS CONTENIDAS EN ESTE TOMO

ARTICULOS LITERARIOS, CIENTIFICOS, BIOGRAFICOS Y FESTIVOS, POESIAS, CUENTOS, NOVELAS, &, &.

<i>Alcántara Fuentes, J.</i>			
¡Malditas... nó! (Poesía)	199		
Mi tía Ramona.	283		
Lo más blanco. (Poesía).	367		
<i>Alderete González, Miguel</i>			
Instantáneas.	250		
<i>Altamira, Rafael</i>			
La literatura del reposo.	50		
Días de campo. (Ilustrado por Passos).	98		
Mañanita de invierno.	218		
<i>Alvarez Pérez, J.</i>			
La mora.	314		
<i>Arlequín</i>			
Escenas de Carnaval. (Ilustrado por Cuchy).	142		
<i>Arques, Joaquín</i>			
A rienda suelta (Poesía).	276		
El anónimo.	334		
<i>Astort, Antonio</i>			
La República Argentina.	198, 207, 219		
La fiesta de los muertos.	342		
Julio A. Roca.	349		
Cristo.	374		
<i>Balaguer, Víctor</i>			
¿Te acuerdas? (Poesía ilustrada por Xumetra).	301		
Cuento. (Poesía).	356		
<i>Barado, Francisco</i>			
La infantería española en América. (Ilustrado por Cabrinety).	47		
<i>Barrantes, Pedro</i>			
Los nuevos Cristos.	204		
El ciego. (Ilustrado por Tusell).	230		
La herencia del tío. (Ilustrado por Coll).	335		
<i>Bertrán, Marcos Jesús</i>			
La obsesión.	214		
La parábola de la zizaña.	272		
<i>Blasco, Eusebio</i>			
El milagro.	69		
El torno. (Ilustrado por Sánchez Cobisa).	182		
La serie.	310		
<i>Briceño, Antonio S.</i>			
La risa.	294		
Los hastiados.	355		
<i>C.</i>			
En su abanico. (Poesía).	267		
La Concha de San Sebastián. (Ilustrado por Pedrero).	280		
<i>Caamaño, Angel</i>			
Siempre nuevo.	82		
<i>Carbonell Soler, Dr. F.</i>			
Hospital de niños pobres de Barcelona.	274		
<i>Carrera, Salvador</i>			
¡Demasiado tarde! (Novela ilustrada por Serina).	11, 23, 59, 71		
Flores primaverales.	13		
La patrona de los artilleros.	25		
S. M. el Rey Don Alfonso XIII.	37		
A la memoria del ilustre general Don Juan Prim. (Poesía ilustrada por Serina).	45		
Noche triste. (Ilustrado por Diéguez).	66		
S. A. R. la Infanta Doña Isabel.	85		
El patriotismo en la mujer. (Poesía ilustrada por Passos).	106		
Pintores españoles. — Tomás Moragas.	121		
Un asalto a la familia X. (Ilustrado por Cuchy).	141		
Pintores españoles. — José Llovera.	157		
A la Patria. (Poesía).	203		
España siempre grande. (Ilustrado por E. Alvarez Dumont).	242		
Eusebio Güell y Bacigalupi.	297		
¡Dichosos ellos! (Poesía ilustrada por Passos).	337		
<i>Castillo, Rafael del</i>			
La fiesta de los ramos. (Orlado por Passos).	170		
Una visita al cementerio de glorias marítimas.	246		
Angel caído. (Ilustrado por Vázquez).	286		
El día de los difuntos.	339		
<i>Catarineu, Ricardo</i>			
Adiós a la poesía. (Poesía).	103		
<i>Contreras, A.</i>			
La madre de Juan Antonio. (Ilustrado por E. Alvarez Dumont).	194		
<i>Correa, F.</i>			
El coronel Revilla.	284		
¡Frasen!	331		
<i>Chichón, Rafael</i>			
El sablazo.	119		
Chinitas.	132		
Bailes de antaño.	136		
La cena.	180		
Las dos rejas.	378		
<i>Díaz de Escovar, Narciso</i>			
Malagueñas. (Poesía).	352		
<i>Escalante Gómez, Manuel</i>			
Personajes andaluces.	306		
Nobleza y hermosura.	313		
Por Andalucía. — Visita a la casa vinícola de los hermanos González Byass.	321		
Intima. (Poesía).	256		
El general Duque de Nájera.	361		
Adolfo de Castro.	380		
<i>Fernández Duro, Gabriel</i>			
Dos artilleros ilustres.	35		
<i>Fernández Moratín, Nicolás</i>			
La fiesta de toros en Madrid. (Poesía ilustrada por Passos).	83		
<i>Ferrari, Emilio</i>			
Sonetos. (Poesía).	8		
<i>Florider</i>			
Ni tanto ni tan calvo.	234		
<i>García del Real, Luciano</i>			
El salto del paje. (Leyenda ilustrada por Peller Montseny).	94		
<i>Giraldo Albesa</i>			
Calvario. (Ilustrado por Cuchy).	222		
<i>Girbal, Enrique E.</i>			
Cantares. (Poesía).	320		
<i>Girbal Faume, Fernando</i>			
Dos madres. (Ilustrado por Gastón Pujol).	354		
<i>Girón, R. B.</i>			
Después de la crucifixión. (Orlado por Passos).	177		
<i>Gras y Elias, Francisco</i>			
Las Chispas. (Poesía).	100		
El velón. (Ilustrado por Cuchy).	118		
El carnaval.	134		
El paso del santo entierro.	176		
Yiva Sevilla. (Poesía).	195		
Mariano y Petra. (Ilustrado por Serina).	254		
La virgen de los Claveles. (Ilustrado por Cuchy).	330		
Yazcan en paz.	338		
<i>Guillotto Demouche, Miguel</i>			
Dos primas. (Ilustrado por Cuchy).	306		
<i>Jorro, A. B.</i>			
Teatros.	336, 372		
<i>Kassabal</i>			
La última azafata.	3		
<i>Lapoulide, Juan</i>			
El cuadro. (Ilustrado por Béjar).	38		
<i>Leceta, Policarpo</i>			
Consumatum est. (Orlado por Passos).	175		
<i>Liern, Rafael M.</i>			
El Clavel.	55		
Debilidad.	87		
El ángel del hogar. (Poesía).	156		
¿Ladrón?	183		
<i>Luján, J. F.</i>			
Letras catalanas.	363, 375		
<i>Lustonó, E. de</i>			
Poesía y prosa. (Ilustrado por Serina).	282		
<i>Manjón Ruiz, Antonio</i>			
Soledad de María Santísima. (Orlado por Passos).	178		
<i>Martín Arrue, Francisco</i>			
Infantería contra caballería.	42		
<i>Mascarilla</i>			
Los siete domingos de San José.	131		
<i>Mata y Maneja, Manuel</i>			
El legado del Gólgota. (Poesía orlada por Passos).	179		
<i>Medina, Miguel</i>			
El mejor tesoro.	252		
El juramento de Luisa. (Ilustrado por G. Pujol).	366		
<i>Mélida, José Ramón</i>			
El desnudo en el arte español.	18		
El Quijote en dibujos.	117		
El estilo Imperio.	258		
Las turcas.	294		
El harén turco.	350		
<i>Miquel y Badia, Francisco</i>			
El arte y el cristianismo en España. (Orlado por Passos).	171		
Exposición de Bellas Artes de Barcelona en 1898.	225, 237		
<i>Monte-Cristo</i>			
Madrid elegante.	275, 299, 324, 346, 370		
<i>Moreno de la Tejera, Vicente</i>			
Dramas conyugales.	162		
<i>Morphy, Conde de</i>			
Curiosidades musicales.	103		
Antonio Rubinstein.	146		
Notas musicales.	231		
A los buenos catalanes.	328		
<i>Obiols, F. Luis</i>			
La vela del diablo.	215		
<i>Oliver Copons, Eduardo de</i>			
Nuestros veteranos.	28		
<i>Oltra Dalmau, F.</i>			
El botijo.	108		
La hermana de la Caridad.	188		
<i>Ortega Morejón, José M. de</i>			
A Barcelona. (Poesía).	291		
¿Les gusta Cádiz? (Poesía).	364		
<i>Orts Ramos, T.</i>			
Modernistas americanos. — Carlos Reyles.	315		
<i>Palacio, Manuel del</i>			
Lejos del mar. (Poesía ilustrada por Xumetra).	301		
De un album. (Poesía).	364		
<i>Pardo Bazán, Emilia</i>			
El cuarto. (Ilustrado por Simont Guillén).	2		

El panorama de la princesa. (Ilustrado por Serriñá).	49
El antepasado.	249
Veraneo.	265, 299
El camafeo. (Ilustrado por Tusell).	279
Paz letal.	323
El linaje. (Ilustrado por Coll).	342
Por esos mundos.	358
Cuento de Navidad. (Orlado por Passos).	381
<i>Pedrell, Felipe</i>	
Palestrina y Victoria.	186
<i>Pereira, Aureliano J.</i>	
Rima. (Poesía).	331
<i>Pérez Carrasco, Julián</i>	
El ideal. (Novela ilustr. por Serriñá).	347, 359, 370, 383
<i>Premio Real, Marqués de</i>	
La cruz de zafiros.	326
La Alhambra.	357
<i>Rahola, Federico</i>	
Poesía de abanico	(Poesías).
Ascensión	
La flor de la pita	
<i>Redacción</i>	
La artillería española.	26
Alcázar de Segovia.	27
Excmo. Sr. Cardenal Cascajares.	31
Invocación. (Poesía).	43
Conchita Bordialba.	57
La Natividad del Señor. (Poesía).	61
Caballeros en plaza. (Ilustrado por Passos).	81
Los reyes magos.	92
¡Edad feliz! (Poesía ilustrada por Pahissa).	93
Excmo. Sr. Conde de Caspe.	97
La fiesta de San Antón. (Ilustrado por Passos).	105
Actualidad.	144
Estreno del Nerón en Barcelona.	147
Cuatro palabras sobre el pasado carnaval.	154
Boria avall.	156
Ligero juicio crítico de las obras de Llovera.	159
Excmo. é Ilmo. Sr. D. Jaime Catalá y Albosa.	169
La Boheme.	201
Los marqueses de Marianao.	205
D. Joaquín Coll y Regás.	211
Carreras de caballos.	213
El obispo de Chilapa (Méjico).	223
Colegio de Ntra. Sra. de la Bonavova.	262
El maestro D. Fermín María Alvarez. (Ilustrado por Passos).	273
<i>Riera, A.</i>	
La redención.	342

<i>Rodríguez-Solís, Enrique</i>	
Regeneración artística.	245
Niza y Rota.	382
<i>Rueda, Salvador</i>	
La pandereta. (Poesía ilustrada por Xumetra).	325
<i>Ruiz López, Rafael</i>	
El último aguinaldo.	90
Remembranzas. (Poesía).	164
El especialista.	184
El final de la pendiente. (Ilustrado por Cuchy).	235
<i>Saint-Aubin, Alejandro</i>	
Recuerdos de la Manigua. (Ilustrado por el mismo).	290
<i>Salvans, Agustín L.</i>	
Notas musicales.	147
El Requiem de Berlioz.	264
Mercedes de Rigalt.	289
<i>Sánchez de Neira, J.</i>	
Esbozo histórico de las corridas de toros. (Ilustrado por Passos).	74
<i>Sánchez Pérez, A.</i>	
El secreto de Nicome.	91
En boca cerrada.	116
<i>Sañudo Autrán, P.</i>	
Amores criollos. (Ilustrado por Cuchy).	110
Asunción. (Ilustrado por Vázquez).	263
La de Betanzos. (Ilustrado por G. Pujol).	318
<i>Segovia, Pablo de</i>	
Crónicas ligeras.	10 y 21
Santa. (Ilustrado por Passos).	114
Dos infelices.	129
<i>Serrano Clavero, V.</i>	
A la pluma. (Poesía).	115
Redención.	202
<i>Serrat y Weyler, Fernando</i>	
Conversión de Fanny.	138
El testamento. (Ilustrado por Passos).	277
<i>Suárez Casañ, Vicente</i>	
El matrimonio y el calzado.	7
La nona.	46
Las hojas secas.	58
Nochebuena. (Ilustrado por Pahissa).	62
<i>Tomás y Estruch, Francisco</i>	
Concepción. (Poesía).	48
Un velorio en América. (Ilustrado por Béjar).	54
El vegetal en la historia (Orlado por Passos).	150
Poesía japonesa. (Ilustrada por el mismo).	181

Jesús. (Poesía).	199
Exposición de Bellas Artes de Barcelona en 1898. — Industrias artísticas.	227, 239
La cumbre santa. (Poesía ilustrada por Pahissa).	285
La viuda pobre. (Orlado por Passos).	302
<i>Urrecha, Federico</i>	
Cuentos del vivac.	33
La letra de Regato. (Ilustrado por Cuchy).	206
<i>Val, Luis de</i>	
El segundo beso. (Ilustrado por Cuchy).	14
Sensiblerías de la muerte.	67
Asunto gastado. (Ilustrado por Serriñá).	102
Sin careta. (Ilustrado por Serriñá).	140
Cosas. (Poesía).	164
¿Sueño ó realidad? (Poesía).	199
Ausente. (Poesía).	212
Exámenes del querer. (Poesía).	236
Díaz de Mendoza.	259
Los otros. (Ilustrado por Serriñá y E. Alvarez Dumont).	368
<i>Valladar, Francisco de P.</i>	
¡Pobres mujeres!	266
<i>Vega-Rey, Luis</i>	
El fratricida.	167
El negro de Colón.	217
Torreclilla del Leal.	255
Cervantes médico.	270
La procesión del lugar. (Poesía).	292
El ciprés.	344
La medicina en el pasado.	362
<i>Velilla, José de</i>	
¿Les gusta Cádiz? (Poesía).	364
<i>Viesca, Rafael de la</i>	
Mi retrato.	327
<i>Villa-Real, Francisco</i>	
La cruz de los Cuchilleros. (Ilustrado por E. Alvarez Dumont).	189
<i>Wilson, Baronesa de</i>	
Los españoles en América.	126
Cosas de antaño.	165
X	
Fragmento de un drama inédito. (Poesía).	211
<i>Zeda</i>	
Los teatros de Madrid.	9
Ciencia y vida. (Ilustrado por Cuchy).	86
<i>Zulueta, Luis de</i>	
Los inútiles. (Poesía).	356

REPRODUCCIONES, EN COLOR O EN NEGRO, DE CUADROS AL OLEO, ACUARELAS, ESCULTURAS, OBJETOS ARTISTICOS, DIBUJOS AL PINCEL, AL CARBON Y A LA PLUMA, CARICATURAS, &, &.

<i>Agrasot, Joaquín</i>	
Cubierta del n.º 22.	16
En la feria de Murcia.	
<i>Alandi, Cristóbal</i>	
Dándole el tono.	236
<i>Alvarez Dumont, César</i>	
Descanso en el ventorro.	261
Plaza sitiada.	266
Plaza tomada.	267
La venganza de la Lola.	327
<i>Alvarez Dumont, Eugenio</i>	
Cubiertas de los núms. 21 y 27.	185
Un cuento chistoso.	
Malasaña y su hija.	199
Verbenas madrileñas.	232, 233
Hecatombe gloriosa.	248
Recuerdos de un viaje á Andalucía.	309
<i>Andreu, T.</i>	
Cubierta del n.º 13.	237
<i>Arnau, Eusebio</i>	
Bes de mare. (Escultura).	237
<i>Atché, Rafael</i>	
Sarah Bernhardt en la Gismonda. (Escultura).	58

<i>Bertrán, P. M.</i>	
¿Por qué lloras?	320
Melancolía.	328
<i>Beyrer, Eduardo</i>	
Madonna. (Escultura).	238
<i>Brosa y Sangermán, Víctor</i>	
Imitación de mármol y metal.	239
Arqueta imitación de metal con incrustaciones.	2
<i>Brugarolas, Jaime</i>	
Enlace de letras para bordar.	240
<i>Brull, Juan</i>	
Cubierta del n.º 9.	52
Un elegante del tiempo del Directorio.	
<i>Brunet y Fita, Francisco</i>	
Coro de la Catedral de Burgos.	20
Interior de San Pedro de Tarrasa.	56
Catedral de Avila.	104
Decoraciones de la ópera «Nerón».	152
Interior de la iglesia de Belén.	200
Monasterio de Poblet. — Bodega.	260
<i>Busquets, Juan</i>	
Arquilla vargueña de nogal tallado, con herrajes.	227

<i>Campany, José</i>	
Final del cuadro trágico «Erostrat». (Escultura).	18
Barcelona.	238
<i>Camps, G</i>	
Dibujo al lápiz.	258
<i>Casanovas Clerch, A.</i>	
Imitando á las hormigas.	365
<i>Casas, Ramón</i>	
Una chula.	281
<i>Clapés, A.</i>	
Extasis.	296
<i>Coll, A.</i>	
Cubierta de los núms. 26 y 31.	344
El momento más cruel.	
<i>Cuchy, José</i>	
Antiguo voluntario de Puerto Rico.	42
Flores y requiebros.	210
El espantajo.	363
<i>Cusachs, José</i>	
Cubierta del n.º 3.	16
Húsares de Pavía.	
De viejo cuño.	28
Un quinto.	34

Cantina.	36	<i>Marqués, José M.</i>		<i>Ribera, C. L.</i>	
La fiesta en el lugar.	40	Cabeza de estudio.	272	Santa Bárbara.	25
Una misa de campaña.	43	<i>Martí, Ricardo</i>		<i>Ribera, Cristina</i>	
Los reyes magos.	92	Cubierta del núm. 17.		Bordado en sedas de colores.	240
Una sportman.	212	Marina.	202	<i>Ribera, Román</i>	
<i>Cusí, Manuel</i>		Recién nacidos.	203	Cubiertas de los núms. 18 y 25.	
En el camerino.	53	<i>Más y Fontdevila, Arcadio</i>		A la salud de ustedes.	4
<i>Cutanda, Vicente</i>		Cubierta del núm. 1.		Salida del baile.	100
Los últimos auxilios.	5	Domingo de Ramos.	172	Cinco minutos en el tocador.	137
<i>Devesa, Celestino</i>		Un monumento.	173	Taller ambulante.	265
Tarcisius. (Escultura).	238	Procesión de Corpus.	221	En paz y jugando.	353
<i>Díaz Molina</i>		Embarque de tropas.	271	<i>Saint-Aubin, Alejandro</i>	
Un enredo peligroso.	333	Sálvese el que pueda.	293	Una emboscada en la Manigua.	329
<i>Estevan, Enrique</i>		Venecia.	316, 317	<i>Sans Castaño, F.</i>	
En su lugar descanso.	41	<i>Masriera, Francisco</i>		Cubiertas de los núms. 19 y 30.	
La nochebuena del soldado.	68	Cubierta del núm. 16.		Regalo de Reyes.	88
Una bronca.	77	<i>Masriera, José</i>		A misa de alba.	304
<i>Feliu, M.</i>		Apunte.	338	<i>Segura, A.</i>	
Dibujo á la pluma.	234	<i>Masriera, Víctor</i>		En capilla.	67
<i>Fernández-Alvarado, José</i>		Biombo pirograbado y pintado.	239	<i>Serind, Arturo</i>	
Nuevo peligro.	345	<i>Mensa, N.</i>		A los héroes del 2 de Mayo.	32
<i>Fradera, Ricardo</i>		En la playa.	268	El portal de Belén.	61
¡Terrible venganza! — Interior de la cubierta del n.º 30.		<i>Mestres, Félix</i>		¡Cu, cul!	136
¡Justo castigo! — Interior de la cubierta del n.º 31.		Cubierta del núm. 5.		Una mesa petitoria.	176
Accidente verosímil. — Interior de la cubierta del mismo número.		Mercado de pavos en Barcelona.	65	<i>Serra, Enrique</i>	
<i>Fuxá, Manuel</i>		En el palco.	73	Psiquis y el Amor.	7
San Francisco de Asís. (Escultura).	237	En la carrera del Corpus.	117	Lagunas pontinas.	91
<i>Galofre Oller, Francisco</i>		<i>Miralles, Francisco</i>		El gran inquisidor.	189
Boria avall. (Pena de azotes).	148 y 149	Baños de oleaje.	269	Marina.	308
<i>Garnelo Alda, José</i>		Flores silvestres.	305	Paisaje del natural (Italia).	356
De juerga.	69	Nieve de otoño.	364	<i>Stehle, Alois</i>	
<i>Gil, A.</i>		<i>Moragas, Tomás</i>		En la arena. (Escultura).	238
El consejo de la modelo.	89	Cubierta del núm. 11.		<i>Tamburini, J. M.</i>	
<i>Gil de Palacio, Antonio</i>		Tipo gitano.	121	Cubiertas de los núms. 10 y 29.	
Malagueña.	352	Tipo alicantino.	121	Mignon.	101
Héroes del género chico.	380	Tribunal árabe.	123	El pan de cada día.	124
<i>González, Concordio</i>		Un lance de honor.	124, 125	<i>Triadó, José</i>	
Mesa de hierro cincelado y repujado.	227	Una calle de Tánger.	126	La hermana de la Caridad.	188
Dibujo proyecto inédito.	»	Armas y letras.	126	Ocupación agradable.	257
Plancha repujada de la mesa anterior.	»	Abrevadero árabe.	127	Primer aniversario.	340
<i>Graner, Luis</i>		Bocetos.	128	<i>Tusquets, Ramón</i>	
Cubiertas de los núms. 8, 20 y 32.		La nobleza romana felicitando el año nuevo á los cardenales.	129	Del tiempo de Goya.	113
Un discípulo de Baco.	8	Café árabe.	130	<i>Ubach, Visitación</i>	
Cabeza de estudio.	256	La pescadería de Roma en Cuaresma.	131	Cubierta del núm. 24.	
Estudios fisonómicos.	283	Tipo africano.	184	En el parque.	17
<i>Guzmán, Juan de</i>		Macero de la Catedral de Barcelona.	220	Mariposa sin alas.	196
Sangre torera.	332	<i>Morelli, Víctor</i>		Una hija de María.	197
<i>Juliá Vilar, Josefina</i>		Acción empeñada.	44	<i>Unceta, Marcelino</i>	
En la pelouse.	208	<i>Muñoz Lucena</i>		Cubierta del núm. 4.	
La hora del regreso.	209	Engordar para morir.	377	Coronel de artillería en día de gala.	29
<i>Lange, Eduardo</i>		<i>Navarrete, Miguel de</i>		Recargando.	76
Dibujo aplicable á tejidos estampados.	239	Predicción gitana. — Interior de la cubierta del n.º 26.		<i>Urgell, Modesto</i>	
<i>Liscano, Angel</i>		De sorpresa en sorpresa. — Interior de la cubierta del n.º 27.		Una calle.	112
Plaza Mayor de Madrid en Nochebuena.	64	Caer en el garlito. — Interior de la cubierta del número 28.		Apuntes.	259, 315
Pepe-Hillo y su cuadrilla, entrando en la capilla de la antigua plaza de Madrid.	80	Mira con quien andas y sabrás quien es. — Interior de la cubierta del n.º 29.		Dibujo.	299
<i>López, Francisco de Asís</i>		A gran velocidad. — Interior de la cubierta del número 32.		Bocetos.	339
Belona. — Proyecto para clave, en tierra esmaltada.	228	<i>Obiols Delgado, M.</i>		La vida y la muerte.	341
<i>Llovera, José</i>		En la feria de Sevilla.	116	<i>Urgell, Ricardo</i>	
Cubierta del n.º 14.		<i>Pahissa, Jaime</i>		La castañera.	367
De la tierra de María Santísima.	82	La adoración de los Reyes.	90	<i>Utrillo, A.</i>	
¿Virtuose?	157	<i>Passos, J.</i>		Cubierta del núm. 28.	
La comedia Maravillas.	159	Artillería de montaña.	33	<i>Vallmitjana, Venancio</i>	
Baile flamenco.	159	Caballeros en plaza.	81	Fuente de Diana. (Escultura).	237
La brisca.	160	Carreras de caballos.	213, 214, 215, 216	<i>Villegas, M.</i>	
Baile en un patio.	161	El Santo Cristo de Lepanto.	241	Noticias frescas.	292
El Prado de Madrid en el día del Juicio Final.	162	<i>Pla, Cecilio</i>		<i>Viniegra, Salvador</i>	
¡A Filis!	163	Cubiertas de los núms. 2, 6, 7, 12, 15 y 23		La Vendimia.	321
En el balcón.	164	<i>Pozo, Julián</i>		<i>Xaudaró, Joaquín</i>	
Alegoría de Goya.	165	Del natural.	284	La oportunidad. — Interior de la cubierta del n.º 2.	
Chula.	166	<i>Pujol y Compañía, José</i>		La dignidad. — Interior de la cubierta del n.º 3.	
Aristócrata.	167	Vidriera pintada y esmaltada.	239	El do de pecho. — Interior de la cubierta del n.º 4.	
Los dos modelos.	168			Como piden ellas. — Interior de la cubierta del número 5.	
Gitanilla.	323			Nochebuena. — Interior de la cubierta del n.º 6.	
La botillería.	346			¡Chipén! — Interior de la cubierta del n.º 7.	
				¿Agua? — Interior de la cubierta del n.º 8.	
				¡Baile ee máscaras! — Interior de la cubierta del n.º 10.	

El amor y el sport. — Interior de la cubierta del n.º 11.
Una gracia de Cupido. — Interior de la cubierta del n.º 12.
¿Por qué las siguen? — Interior de la cubierta del n.º 13.
Regla general. — Interior de la cubierta del n.º 14.
Variaciones de peso. — Interior de la cubierta del n.º 15.
Un cuarto de vino. — Interior de la cubierta del número 16.
El lenguaje de las flores. — Interior de la cubierta del n.º 17.
S, E, el caballo. — Interior de la cubierta del número 18.
Exámenes. — Interior de la cubierta del n.º 19.
A la verbena. — Interior de la cubierta del n.º 20.
Marina de tierra. — Interior de la cubierta del número 21.
Viajes de veraneo. — Interior de la cubierta del número 22.
Baños. — Interior de la cubierta del n.º 23.
¡No más calor! — Interior de la cubierta del n.º 24.
¡En ridículo! — Interior de la cubierta del n.º 25.

RETRATOS

S. M. la Reina Regente.	1
José Collaso y Gil. — Alcalde de Barcelona.	9
S. A. R. { María de las Mercedes. { María Teresa	13
Ramón Larroca, Gobernador de Barcelona; y su familia.	21
Maestro Manuel Giró.	22
Enrique Serra, en su taller de Roma.	»
Cardenal Cascajares.	31
S. M. el Rey Alfonso XIII.	37
Maestro Agustín L. Salváns.	46
Conchita Bordaiba.	57
Maestro Luis Millet é individuos del «Orfeo Catalá».	70
S. A. R. la Infanta Isabel.	85
Conde de Caspe, Capitán general de Cataluña.	97
Maestro Claudio Martínez Imbert.	108
Mme. Aricléa Darclée.	109
Tomás Moragas.	122
Avelina Carrera	
Erina Borlineto	
Anita Barone	
Ettore Marchi	
Francisco Puiggener	
Antonio Rubinstein.	146
Rodolfo Ferrari. — Maestro concertador de la ópera «Nerón».	147
Alberto Bernis. — Empresario del Gran Teatro del Liceo.	»
Varios niños premiados en el baile infantil de trajes.	153
Estudiantina valenciana.	154
José Llovera, en su taller.	158
Jaime Catalá y Albosa; Obispo de Barcelona.	169
Maestro Alberto Cotó.	192
Elena Teodorini.	193

Rosina Storchio y Alessandro Bonci; en «La Bohème».	201
Maestro José Ribera y Miró.	204
Los marqueses de Mariano.	205
Joaquín Coll y Regás.	211
Duque de Medina Sidonia.	217
El Obispo de Chilapa (Méjico).	223
Jurado de premios de la Exposición de Bellas Artes.	225
Federico Alonso.	228
María Alvarez Tubau.	229
Maestro V. Costa y Noguerras.	240
María Guerrero.	253
Fernando Díaz de Mendoza.	»
Maestro J. García Robles.	264
Cecilio Pla, en su taller.	270
Maestro Fermín M.ª Alvarez.	273
Maestro Celestino Sadurní.	276
Mercedes de Rigalt.	289
Eusebio Güell Bacigalupi.	297
Maestro Salvador Giner.	300
Guillermo Laa, Gobernador Civil de Sevilla.	306
Eugenio Agacino, Diputado á Cortes.	»
Maestro Cándido Orense.	312
Duquesa de Nájera.	313
Marquesa de Villapanés.	»
Manuel González de Soto.	321
Pedro N. González de Soto.	»
Maestro P. Astort.	324
Alejandro Saint-Aubín, en su taller.	334
José Rodríguez y Fernández.	336
Julio A. Roca, Presidente de la República Argentina.	349
El general Duque de Nájera.	361
Maestro Borrás de Palau.	372
Carmen Bonaplata Bau.	373
Adolfo de Castro.	380
Maestro Roberto Goberna.	384

VISTAS GENERALES

Teatro Solís. (Montevideo).	6
Salón de conferencias en el Ayuntamiento de Barcelona.	10
Pieza de sitio.	26
Artillería montada.	»
Alcázar de Segovia.	27
Fábrica de cartuchos en Toledo.	»
» » pólvora sin humo en Granada.	30
Regimiento montado acampado.	34
Artillería de montaña aparcada.	35
Taller del pintor Tomás Moragas.	122
Carteles premiados en el concurso del presente carnaval.	133, 134, 135, 138 y 139
Recuerdos de la fiesta ciclista.	155
Catedral de Barcelona. — Testero del coro y púlpito.	218
Catedral de Barcelona. — Organo y puerta de salida.	219
Cartel anunciador de la Exposición de Bellas Artes, premiado en público concurso y original de Mirabent.	225

Galería de pintura española.	226
» » » extranjera.	»
Salón de la Reina Regente. Obras de autores fallecidos.	»
Salón Central, habilitado para las obras escultóricas.	237
Emperador Carlos V. Acorazado de 1.ª clase.	244
Almirante Oquendo.	246
Pelayo, María Teresa, Giralda, Colón.	249
Vizcaya, Terror, Furor, Alfonso XIII.	250
Navarra, Destructor, General Valdés, Blanca.	251
Alfonso XII, Condor.	252
Colegio de Nuestra Señora de la Bonanova.	262
Varias del Hospital de Niños pobres de Barcelona.	274 y 275
Varias de la Casa-Palacio Güell en Barcelona.	297 y 298
Varias de la Casa vinícola de los señores González Byass, en Jerez de la Frontera.	321 y 322
Varias de la Alhambra de Granada.	347 y 358

MUSICA

Alarcón, Arturo: «Gavota infantil», para piano.
Alfonso, Federico: «E nato amore». — Melodía para canto y piano; letra de A. Bignoti.
Alvarez, Fermín M.: «Berceuse». — Canción infantil; letra de Carmen G. de Neda.
Astort, P.: «Cantares». — Letra de R. Campoamor.
Borrás de Palau, Juan: «¡Ingrata!» — Melodía para mezzo soprano; letra de José M. Tous y Maroto
Costa y Noguerras, V.: «Su ideal». — Mazurca caprichosa para piano.
Cotó, Alberto: «Torbellino». — Valz-jota, para piano.
«La boda». — Danza, para piano.
Frigola, Buenaventura: «Pie Jesú». — Improvto - Reducción de orquesta de C. M. I.
García Robles, J.: «Serenata», para piano.
Giner, Salvador: «Sagunto». — Romanza, letra de Luis Cebrián.
Giró, Manuel: «Nuestra Señora de París». — Aria de Cuasimodo; letra de Calixto Navarro.
Goberna, Roberto: «Mariposas». —
Granados, Enrique: «Canción», con acompañamiento de piano; letra de Fernán Caballero.
Laporta, Francisco de P.: «Minuetto», para piano.
Martínez Imbert, Claudio: «Scherzetto», para piano.
Orense, Cándido: «Zoraida». — Serenata para piano.
Ribera, José: «Ave María». — Solo de tiple ó tenor con acompañamiento de piano ú órgano.
Rodríguez y Fernández, J.: «En avant le Carnaval». — Quadrille para piano.
Romani, Juan: «Intima». — Canción catalana; letra de J. Garcés Codinach.
Rubinstein, Antonio: «Nerón». Epitalanio. — Romanza para barítono.
Sabaté Parellada, Emilio: «La Patatús». — Baile típico, para piano.
Sadurní, Celestino: «Ultima ofrenda». — Romanza para barítono; letra de Antonio Arnao.
Sánchez, Gavagnac: «Minuetto», para piano.
Salváns, Agustín L.: «Minuetto», para piano.
«A los toros». — Paso doble, para piano.

